

SOCIEDAD GENERAL DE AUTORES
DE LA ARGENTINA
(ARGENTORES)

Nº 65

DAVID CURESES

A mis padres

MEM 9482

LA FRONTERA

PREMIO ARGENTORES DE DRAMA
AÑO 1960

RUBIA M^{ra}. FLAVIA de FERRAZZI
SAN MARTIN 866 49 E
4000 S. M. DE TUCUMAN
L.C. 5.151.643

ARGENTORES
EDICIONES DEL CARRO DE TESPIS
BUENOS AIRES

LA FRONTERA

Pieza en dos actos estrenada el 2 de diciembre de 1960 en el Teatro El Gorro Escarlata de Buenos Aires.

PERSONAJES

Vieja
Huinca
Bárbara
Botijo
Coronel Ordóñez
Capitán Jasón Ahumada
Anambá
Fray Javier
Fray Gaudencio

Esta obra no podrá representarse ni difundirse por ningún medio de expresión sin la autorización de la Sociedad General de Autores de la Argentina (Argentores)
José Andrés Pacheco de Melo 1820 — Buenos Aires

Ediciones del Carro de Tespis
Producidas por
José Luis Trenti Rocamora
© Ediciones Dintel, 1964

Impreso en Argentina
Hecho el registro que ordena la ley N° 11.723
Impreso por Gráfica Dintel, Anchorena 734, Buenos Aires, durante la primera quincena de junio de 1964.

¡Ay de mí, desventurada y mísera! ¡Ay de mis penas!
¡Ay de mí, ay de mí! ¿Cómo moriré al fin?

¡Infeliz mujer! ¡Ay, ay, cuántos son tus dolores!
¿Adónde te encaminarás al fin? ¿Quién te dará hospitalidad, qué techo te cobijará, qué tierra podrás encontrar que te libre de males? ¡En peligrosa borrasca, oh Medea, te han lanzado los dioses!

(“Medea” - Eurípides)

ACTO PRIMERO

Frente de un rancho de adobe con techo de paja; puerta cubierta con tela india lo mismo que la ventana, especie de abertura cuadrada en la pared del rancho, frente a éste se extiende el patio de tierra apisonada; todo en medio de tunas ásperas y fuertes donde un sauce de ramas flexibles y llovidas destaca su copa triste como el paisaje. Hay a los costados dos cabezas de vaca en osamenta, tapizadas, valga el término, con vellones de ovejas. Contra la pared del rancho una mesa rústica y dos bancos iguales... Todo alrededor es campo, campo abierto y desierto... Isla en mitad de la pampa, del fortín y de la posta... Es la avanzada más extrema hacia el sud en la conquista del desierto... Corre el año 187... Al levantarse el telón, Bárbara, una india de cerca de 33 años, espigada, de renegridos cabellos, ojos relucientes como infierros, de aspecto bravo y al mismo tiempo cautivante, está recostada contra una estaca a la izquierda del espectador; tiene la mirada perdida en la lejanía, como si buscara algo, como si quisiera con la intensidad de sus ojos ir más allá del horizonte. En el centro de la escena, casi frente a la puerta del rancho, está la Vieja, también india, desgredada y opulenta en sus muchos años, tantos que ya casi no los recuerda; la Vieja revuelve en una vasija de barro que está colocada sobre unos leños encendidos. Frente a ellos, sentada en el suelo está Huinca, llamada así por ser cristiana, cautiva desde pequeña. Huinca tendrá unos 19 años, su aspecto salvaje choca con un no sé qué, que parece venirle de muy lejos y que los largos años en la toldería no lograron borrar; los cabellos, negros, enmarcan rebeldes una cara de trazos finos a pesar del color moreno dado por el aire y el sol... Sus ojos son claros y parecen dos relámpagos en la cara bronceada. El sol ha comenzado a declinar y todo está envuelto en una luz extraña y poética que marca más la soledad y la tristeza. Lejos como un trueno lejano se oyen batir los parches del fortín.

HUINCA. — Nos costó mucho conseguirlos...

VIEJA. — Los animales se asustan de lo jombres.

HUINCA. — Ya casi no se ven por estos lados; tuvimos que ir legüitas adentro... hacia el río... casi, casi... hasta donde antes estaban las tolderías...

VIEJA. — (Siempre revolviendo.) Ahí sabía haber muchos... ¡yo misma me arrastraba sobre el yuyo hasta encontrarlos...

HUINCA. — Y así lo hicimos ¡yo y el Botijo... ¡lejito nomás lo vimos!

al ñandú dispararse como si noj hubiera sentido el olor... Nos tiramos al suelo y arrastrándonos despacito, despacito, iegamos al lugar... una buena nidada... por lo menos comaremos huevo e ñandú

VIEJA. — (Con una risotada.) Quién t'iba a decir... si juías como ante luz mala cuando veías un ñandú... flojona como tuita crestiana

HUINCA. — Vea con lo que sale...

VIEJA. — La verdá... nomás... eras tan miedosa...

HUINCA. — (Con velada ansiedad.) Contame, vieja... contame cómo era io entonces...

VIEJA. — Otra vez... Pucha que no te cansás de oír lo mesmo a cada güelta... (Pausa) Esperate qu'encuantito termine de redetir esto, entuavía te lo cuento otra vez...

HUINCA. — No, ia mesmito (Pausa Durante el siguiente monólogo, el sonido de los parches lejanos se seguirá oyendo, como subrayando lo narrado por la Vieja.)

VIEJA. — Ta güeno... (Transición) Jué hace mucho tiempo... (Vuelve la mirada hacia Bárbara, como si más que para Huinca el recuerdo fuera contado para ella) Cuando todito el campo era nuestro... Cuando no te alcanzaban loj ojos pa mirar a lo lejos... Cuando el indio, dueño y señor del campo, melcna al aire, se largaba por tuitos los caminos de la pampa sin direción, ni rumbo y sentías perderse el galope del parejero como si juera el mesmo corazón de la tierra que golpiara... ¡Hace tanto tiempo que ia casi no lo ricuerdol... (Pausa, piensa en aquello que ha quedado perdido en la historia.)

HUINCA. — Seguí, vieja... no te detengás, seguí...

VIEJA. — (Retomando el relato) Un día... loj hombres... montaron a caballo, al pelo nomás, como machos... lanza en mano y arco a la espalda... galoparon hacia el norte... en una carrera apretada y amarga como la sangre... Laj hembras los vimos perderse en una nube e polvo... doradita por el sol... (Pausa; la Vieja está viendo aquella escena perdida entre sus recuerdos)

HUINCA. — (Impaciente.) Y después...

VIEJA. — Golvieron cuando apuntaba el día nuevo... Ventan menos, cierto... pero traiban de tuito... Montones e cosas que nunca habíamos visto: guitarras, trapos... y... mujeres... ¡hembras blancas!... blancas como la mesma luna... Primera vez que las vimos... ¡Hace tanto tiempo!... Algunas habían hasta el pelo como el sol... Loj hombres ardían por ellas como pajonal en llamas... pero como en tuito a después se cansaban... Aquel día se mamaron como nunca... A después de aquella güelta, golvieron a salir... y, con cada salida, traiban montone e cosas... Pa nojotras era fiesta... comida, aguardiente... y sentir al hombre como nunca e quemante... ¡Ta qu'era lindo aqueiol... (Transición) En una d'esas trajeron una hembra con un cachorro...

HUINCA. — ¡Era lo!

VIEJA. — ¡Ta güeno! Si lo sabís pa qué te lo viá contar...

HUINCA. — Seguí, vieja... seguí...

VIEJA. — (Luego de una pausa.) Habían prendido una deligencia que venía del poblao

HUINCA. — (Más impaciente.) ¿Cómo era ella... la mujer?

VIEJA. — ¿Tu mama?... ¡Lindaza nomás!... Tenía tu mesmo pelo negro... y tus mesmos ojos claros... Pero tu mama traiba, del poblao, la panza hinclada con otra cria... Asigún decía ella era gente de altura... Güeno, cuando nació tu hermano, el Botijo... ella murió... ¡Ta güeno!... Y quedaron los dos cachorros... A vos te apelamos Huinca... por ser crestiana... y a tu hermano, cuando ia era grandecito, el mesmito capitán Ahumada lo apeló Botijo... y así quedaron... Tuito lo que viene a después ia lo sabís

HUINCA. — (Sin interés.) De seguro que sí.

VIEJA. — La Bárbara los crió como si jueran sus propios hijos...

HUINCA. — (Igual.) Eso ia lo sabimos...

VIEJA. — (Luego de mirarla.) Mejores manos no pudieron tener pa cuidarlos... La Bárbara era l'hija el cacique... Tenía por entonces como quince inviernos en el cuerpo

HUINCA. — (Volviendo a su ansiedad.) ¿Pero... ella... ella cómo era?

VIEJA. — ¿Tu mama?... (Huinca asiente con la cabeza) Veía, ia te lo dije... blanca como la leche... y lindaza nomás...

HUINCA. — ¿Como io?...

VIEJA. — (La mira.) Puede que sí... ¿No la viste por un si acaso en el ritrato que tenís guardao, y que tu mama traiba al cuello cuando llegó? (Pausa.) De un lao estaba su figura y del otro la de su hombre asigún decía ella mesmita... Sería, pues, tu padre... (Cuando la Vieja dice esto, Huinca, instintivamente, sin poderlo reprimir, se lleva las manos al cuello.) La Bárbara te los dió a vos, ¿ande están la cadena y el ritrato que ia no se te ven?...

HUINCA. — (Algo turbada.) Por ahí han d'estar entre las cosas d'el rancho...

VIEJA. — (Ladina.) Así hai de ser... pero en antes no te siparabas d'ellos... (Pausa. Huinca no sabe qué responder. La Vieja continúa.) Pa mí que lo perdiste...

HUINCA. — (Picada.) Puede... total era mio...

VIEJA. — (Sin dejar de mirarla.) ¡Ta güeno!... (Hay un silencio; sólo se oye el sonido de los parches en el fortín; luego de un silencio Huinca vuelve a la carga.)

HUINCA. — Contame aura, cómo... cómo llegó el Jasón al tolderío...

VIEJA. — (La mira.) Eso lo sabís vos tan bién como io... No hace

tanto... (Transición) Y basta e cuento... Ahura adentráte pa'el rancho a ver si duermen los cachorros.

HUINCA. — (Insistiendo.) Dejuro que duermen... Seguí contándome, vieja...

VIEJA. — (Poniéndose de pie con dificultad y amenazándola con un palo que a veces usa como bastón.) Basta, te dije... Sos pior que las moscas e molesta... Andá a ver a los cachorros Obedecé...

HUINCA. — (Escapándose rápida) ¡Ta güeno! No pegue, que ia voy... ia voy... (Huinca entra al rancho; la Vieja se acerca a Bárbara, que, indiferente a todo, permaneciera como petrificada en su lugar. Los parches siguen sonando, y su sonido se mezcla con la canción que a boca cerrada entonará Huinca dentro del rancho)

VIEJA. — ¿Se puede saber qué mirás?

BARBARA. — (Después de una pausa, encogiéndose de hombros) La pampa... el cielo...

VIEJA. — (Siguiendo su mirada y sin creer en sus palabras.) ¿Son grandes, verdá?

BARBARA. — (Sin dejar de mirar a lo lejos) ¡No sé!... No sé si en ellos cabría tuito esto que siento...

VIEJA. — ¿Y qué sentís?...

BARBARA. — (Lejana.) No sé... (Pausa) ¿Oís los parches, vieja? Parece que me golpiaran adentro, en el corazón... en el vientre... (Repentina.) Vieja, io soy hembra que tiene fuego en la sangre.

VIEJA. — Malo... malo... Cuando hablás ansina... es como si la tierra temblara...

BARBARA. — Estoy hecha e tierra.

VIEJA. — Malo... malo...

BARBARA. — No sé... no sé, pero siento como si me jieran a robar la vida...

VIEJA. — Malo... malo (Transición) Ayer, los caranchos formaron una corona, allá del otro lado del río... en donde antes estaban las tolderías...

BARBARA. — (Seca) Los vi...

VIEJA. — Mal agüero... (Transición) No debimos dejar los toldos...

BARBARA. — Hace tanto tiempo d'eso...

VIEJA. — En la toldería tendrías tu lugar l'hija del cacique... Tuito tuyo... tierras... animales... cosechas... No hubiera saltao macho que te hubiera hecho hembra e verdá... allí en la tierra nuestra...

BARBARA. — Pero no sabís, vieja, lo que duele la carne y la osamenta cuando di repente chocó con un hombre que se te adentra... como una sangre nueva y siempre caliente.

VIEJA. — Allí erás l'hija el cacique...

BARBARA. — Allí... ia no soy nada... sólo un mal recuerdo...

VIEJA. — Y aquí, ¿qué sos?

BARBARA. — Tengo dos hijos... míos... y d'él... d'él... (Dice esto como llenándose la boca delcítándose en ello.)

VIEJA. — ¿Y de aí? También allá los habrías... Son güenos cojudos nuestros hombres... y allí mandabas...

BARBARA. — (Súbita) Vieja... vieja, tengo miedo... y y me tengo miedo

VIEJA. — ¿Pero e qué?

BARBARA. — No sé

VIEJA. — Tenís la mirada turbia e presagios.

BARBARA. — ¡Muy malos, vieja... muy malos!

VIEJA. — Hacé un conjuro... Vos sabís tuitas las cosas e la ciencia y la hechicería... lo aprendiste cuando mamabas... Cortá la racha india... cortala...

BARBARA. — ¡Ay si andivinara de ande viene y quién la empuja! (Se oyen los parches sonar más fuerte.) ¡Y esos parches, vieja... esos parches!

VIEJA. — ¿Tenís miedo por tu hombre?...

BARBARA. — No sé... no sé... Hace cinco lunas se jué pa el lao el norte... y aquí me tenís sin saber nada d'él... ¡Solá!... Con vos, los muchachos y mis hijos... con el campo a los costados... con la melicada el Fortín haciéndonos ascos y teniéndonos a tiro e jusil como a alimañas.

VIEJA. — Hasta matarnos de hambre...

BARBARA. — Lo mesmito los de la posta, como si juéramos malditos...

VIEJA. — Ta güeno...

BARBARA. — Como si no tuviéramos derecho a nada... ni a vivir...

VIEJA. — Te tienen miedo, india.

BARBARA. — (Sin hacer caso.) Hoy de tardecita vide una polvareda pal lao el Fortín... como si llegara una tropa.

VIEJA. — ¿Pensás que haiga llegao el Capitán?...

BARBARA. — Puede... no sé... tengo miedo... tengo miedo e pensar...

VIEJA. — ¿Creís que le haiga pasao algo?...

BARBARA. — No sé... De tardecita vide la polvareda... también pal lao e la posta... Dejuro llegó una diligencia... no sé... Mandé al Botijo a que averiguara... no sé...

VIEJA. — Malo... malo, el que rituerzas tanto el pensamiento...

BARBARA. — (Impaciente.) Cuánto tarda el Botijo... (Hay un silencio, se oyen los parches y la voz de Huinca.)

VIEJA. — Verás que nada e malo hai de haber pasao... y él golverá otra vez aquí... a buscar el calor e tu cuerpo... Las mujeres sabimos cómo atar a loj hombres... y vos, más que tuitas, tenís tus secretos.

BARBARA. — Mis secretos de nada valdrían...

B. todofine
San Antonio
los suyos
B. es ya
ida

miedo
hechic
era
Insuciti
malhadado
los del
fortin

VIEJA. — Podís ler en el humo y hasta en la mesmita agua . . .
BARBARA. — ¿Y con eso . . . qué?
VIEJA. — Podís hacer morir dispacito, a quien querás . . . y si te parece también de golpe como tocao por un rayo . . .
BARBARA. — Pero no sé hacer retoñar al amor cuando el amor se va . . .
VIEJA. — ¿Y qué? . . . Se jué por un sí acaso . . . *(Bárbara no responde)*
Y . . . eso es también cosa e brujería . . . *(Sale Huinca del rancho)*
HUINCA. — Están dormidos los dos . . . nada los despertará . . . parecen dos palomitas echaditas en el nido . . . ¡Da gusto verlos! . . . ¡Cha que son lindos!
VIEJA. — Se durmieron apenitas cayó el día . . . También, son como potrillos pa trotar y rivolcarse . . .
HUINCA. — Lo quisiera tener uno mío . . .
VIEJA. — Discúidate nomás y andá acercándote, como acostumbrás, a la posta y al Fortín . . . y cuando querás pensarlo te vas a encontrar con un cachorro colgando el cogote . . .
HUINCA. — Si fueran tan lindos como los del Jasón *(Bárbara des de su lugar la mira brusca.)*
BARBARA. — Y de Bárbara además porque no sé si sabrás que los mocosos son también míos . . . Jasón me los hizo a mí y io llevé la carga . . . me dolieron y los nació . . . ¿Te enteraste?
HUINCA. — *(Luego de una larga mirada a Bárbara)* No lo olvidaba, no . . . *(Las dos mujeres se miran intensamente como si algo inexplicable hubiera descubierto la una en la otra. Se oye de pronto un galope de caballo que se acerca)*
VIEJA. — *(Mirando a lo lejos)* Ahicito viene el Botijo . . . montando como flecha el Colorao . . . No debiera hacerlo . . . es bravo ese bicho . . .
BARBARA. — *(Acercándose a la mujer.)* El muchacho también es bravo . . .
VIEJA. — *(Gritando hacia afuera.)* ¡Cuidao, Botijo . . . no te pueda el Colorao!
BOTIJO. — *(Desde lejos)* No hay peligro . . .
BARBARA. — *(Al muchacho que se acerca)* Tardaste mucho . . .
BOTIJO. — *(Entrando, tiene dieciséis años magníficos)* Y . . . son dos legüitas largas . . . *(Bárbara se le acerca, Huinca permanece en el otro extremo mirando la escena con mal disimulada ansiedad; la Vieja, mirando a Huinca, se sienta en el centro de la escena)*
BARBARA. — Hablá, ¿qué sabís? . . .
BOTIJO. — Güenas noticias traigo . . .
BARBARA. — Decí . . .
BOTIJO. — Llegó la tropa el norte . . . Traen un comandante nuevo . . . *(Hay un gesto involuntario en Huinca.)*
BARBARA. — ¿Y Ahumada? . . .

BOTIJO. — *(Con una sonrisa.)* Está güeno . . . Junto al mesmito comandante nuevo . . . Me dijeron en la posta que es un coronel y que viene a hacerse cargo del Fortín . . .

BARBARA. — *(Ansiosa)* ¿Lo viste? . . . ¿Lo hablaste? . . .

BOTIJO. — ¿A Jasón? . . . ¡No pude! . . . Pero dejuro qu'esta nohecita lo tenemos por aquí . . . Su ayudante me dió un saco con cosas pa comer y un porrón de aguardiente . . . Dejé tuito junto al caballo . . . También vino una diligencia a la posta . . . Poca cosa traiba . . . dos frailecitos jóvenes como e juguete . . . y dos señoras . . .

BARBARA. — Pero el capitán Ahumada . . .

BOTIJO. — Ia lo dije . . . güeno nomás . . .

BARBARA. — ¿Viene? . . . ¿Hablaste con él?

BOTIJO. — Ia lo dije . . . con él no . . . Sabís, Bárbara, que no me dejan entrar al Fortín . . . Pa hablar con el ayudante, el cabo Mardoqueo tuve que dar más güeltas . . . esconderme en el yuyal hasta tenerlo a tiro . . . de no, los del Fortín me hubieran machacao un plomo en la cabeza . . .

VIEJA. — ¿El cabo Mardoqueo te dió las provisiones? . . .

BOTIJO. — ¿No lo oiste, vieja, que sí? . . .

BARBARA. — *(Impaciente)* Sí . . . oímos . . . oímos . . . Hablás tanto y no decís nada . . . Pucha e muchacho . . . En firme, ¿qué te dijo Mardoqueo? . . .

BOTIJO. — En firme, nada . . . Me dió a entender nomás qu'esta nohecita su patrón vendrá por aquí . . . *(Bárbara cambia totalmente como si le hubiera vuelto la vida al cuerpo. Mira hacia el horizonte casi radiante)* . . .

BARBARA. — ¡Vendrá! . . . ¡Vendrá esta misma noche! . . .

BOTIJO. — *(Saliendo)* Voy a buscar las cosas que traje pa comer . . .

BARBARA. — ¡Tanto tiempo! . . . Quiero que tuito seia fiesta . . . cuando el hombre rigresa a la casa, es preciso que tuito seia alegría . . .

VIEJA. — Así será nomás . . . Con las cosas que trajo el Botijo . . . los güevos e fiandú y lo que vos mesmita cazaste esta tarde prepararé algo . . . como pa chuparse los dedos . . .

BARBARA. — Sí, Vieja, lo mejor . . . ¡lo mejor . . . que güelve el hombre! . . . y es como si la vida rinaciera en tuito . . . *(Ligera entra al rancho.)*

VIEJA. — *(Mirando a Huinca, que se ha quedado a un costado escuchando todo, perdida ahora su mirada en la lejanía como Bárbara lo hiciera antes.)* ¿Y a vos qué te pasa ahura . . . qué bicho te picó? . . . ¿No oiste que güelve el hombre el rancho y que tuito debe ser fiesta? . . . Andá traeme un poco e leña, que voy a buscar unos ajisitos, d'esos que pican más que una concencia sucia . . . *(La Vieja, pesadamente, va saliendo por detrás del rancho. Huinca ha quedado sola, con la mirada perdida; se lleva las manos al pecho como con temor de que el corazón se le . . .)*

salte; lejos se siguen oyendo los parches. Por la izquierda regresa Botijo, trayendo el saco con los víveres. Huinca lo ve y lo detiene.)

HUINCA. — Botijo, oíme... (Mira hacia el rancho con temor de que la oigan.) Decime... ¿de verdad lo viste a Jasón?

BOTIJO. — (Luego de mirarla.) Lo vide...

HUINCA. — ¿Vendrá?

BOTIJO. — ¡a lo dije... (Hace ademán de irse.)

HUINCA. — No te vayás... Y el otro, el comandante nuevo, ¿cómo es?

BOTIJO. — (La mira extrañado.) No sé... no me detuve a mirarlo

HUINCA. — ¿Vendrá Jasón esta noche?

BOTIJO. — ¡a lo dije... ¿Y eso a vos qué puede importarte?.. (Transición) ¿Sabís que se te ve rara, Huinca, dende hace un tiempo?.. ¿Qué te acontece? Parecís como perdida... como si no supieras qué rumbo tomar... ¿En qué pensás... Huinca?

HUINCA. — (Igual.) Entuavía en nada, pero sé que va a suceder algo grande... ¡grande... como nacer de nuevo! Y te va a tocar a vos también...

BOTIJO. — Me das miedo, Huinca, andate con cuidao... No sé por qué me parece que nada güeno te traés...

HUINCA. — Te equivocás... algo muy güeno...

BOTIJO. — No corrás tanto que podés trompezar y romperte la jeta... No te olvidés, lo que es y lo que hizo la Bárbara por nosotros

HUINCA. — ¿Y eso?..

BOTIJO. — ¡o te lo ricuerdo nomás... si no hubiera sido por ella, vos mesmita serías ahura la hembra de un indio...

HUINCA. — No veo a qué tanta palabra... Cierto que hicieron mucho por nosotros... ella y Jasón...

BOTIJO. — Ricordá también qu'el Jasón es tuito pa ella... qu'él nos enseñó muchito en estos diez años qu'está con la Bárbara...

HUINCA. — (Fastidiada.) Dejate de hablar tanto... la Bárbara es la Bárbara (Transición.) y... el Jasón es el Jasón... él es un capitán...

BOTIJO. — (Corta, seco.) La Bárbara te crió y me crió...

HUINCA. — (Cortando) ¿Y a nosotros qué?... ¿Somos acaso indios por qu'ella nos haiga criado?... Nosotros, Botijo, seguimos siendo de allá... de más allá del Fortín y de la posta... Aquello es lo nuestro, nosotros somos distintos...

BOTIJO. — ¡o sólo pienso en esta tierra que me vio nacer... en esta soledad que nos rodea... y que nos hace suyos como a las piedras del camino...

HUINCA. — No digás tonterías... pensá en lo que nunca viste...

BOTIJO. — (Mirándola a los ojos) Pienso también en esa mujer que nos crió como si juéramos suyos... ¡o, al menos, no conozco otra madre...

HUINCA. — ¿Ne te hormiguea otra sangre en el cuerpo?..

BOTIJO. — Tuita la sangre es igual... Tuita es d'este mesmo suelo... No hay nada que separe a los de allá y a los de acá...

HUINCA. — (Segura.) ¡Sí, hay!... Está la tierra y la nacencia y la sangre...

BOTIJO. — Allá en el Fortín dicen que tuitos somos hermanos... El mesmito Jasón lo dice de a veces...

HUINCA. — (Pronta.) ¡Mentiral...

BOTIJO. — ¡o lo creo...

HUINCA. — De serlo, ¿por qué perseguirían a loj indios?..

BOTIJO. — (Sin comprenderlo realmente.) No sé...

HUINCA. — (Continua, implacable.) ¿Por qué se matarían loj unos a loj otros como animales sin respetar ley ni conciencia?..

BOTIJO. — (Como una verdad bulbuceante) ¡Son hombres!

HUINCA. — ¡Tuitos iguales!... Sí... pero ellos siguen siendo loj de allá y nosotros loj de acá... El limite está en el medio... naide lo ve pero está... ancho, grande, tanto que no se puede cruzar... y nosotros, Botijo... vos y io... somos del otro lao... aunque estemos d'este... D'este están la Bárbara... y la vieja...

BOTIJO. — (Inocente) ¿Y los cachorros?..

HUINCA. — (Se encoge de hombros) Esos... esos son del Jasón... a qué más (Corta el diálogo la voz de la vieja.)

VIEJA. — Y esa leña... ¿pa hoy o pa mañana?..

BOTIJO. — (Con mucha tristeza) Huinca, me das mucha tristeza...

HUINCA. — ¿Por qué?..

BOTIJO. — Decis cada cosa...

HUINCA. — ¡Ay, Botijo!... es que a veces m'entra una pena que no sé de dónde me viene... (Transición.) Sí... lo sé... me la canta esta sangre que no conozco y que me lleva por caminos que nunca vi... (Otra vez se oye la voz de la vieja.)

VIEJA. — Huinca, la leña...

HUINCA. — (En voz alta) ¡a voy... (A Botijo.) Tengo que dir a buscar leña pa'l juego... ¡a hablaremos... (Sale por la izquierda; el Botijo se queda mirando cómo se aleja. Luego, con un gesto de resignación, recoge el saco con las provisiones y desaparece por detrás del rancho. La escena queda sola por unos momentos; los parches siguen sonando a lo lejos como presagio de una tormenta. Luego de una pausa, sale Bárbara del rancho. Algo en ella ha cambiado, está más mujer, cierta voluptuosidad juega por todo su cuerpo... Todos sus movimientos ahora son sensuales como de animal en celo, espera la llegada del hombre después de largo tiempo de ausencia; se sienta en una de las cabezas de vaca; apoya los codos en las rodillas y se queda mirando el cielo; la vieja sale por atrás del rancho.)

VIEJA. — (Protestando.) Que había sido lerda esta muchachita... (Ve a Bárbara.) ¡otra vez... con el pensamiento lejoso!

BARBARA. — (Sin dejar de mirar las estrellas) Mirá, vieja... cómo brillan las estrellas...

VIEJA. — (Con temor.) Son loj'ojos de los muertos...

BARBARA. — La noche está lindaza... el olor del pasto se le mete a uno por la nariz y le hace cosquillas en la sangre...

VIEJA. — (Con picardía.) Y... es que tu hombre anda cerca...

BARBARA. — Si hasta este airecito con olor a pampa parece que me trajera sus brazos... y que me aprietaran hasta fundirme en su propia sangre...

VIEJA. — (Embelesada) Cosas lindas sabís decir...

BARBARA. — Cuando el corazón le habla a la cabeza, la lengua se le desata a una en tuitas esas cosas...

VIEJA. — Es peligroso querer tanto a un hombre...

BARBARA. — Es lo más lindo, vieja... No te lo recordás... Hacer tuito por él, dende dar la vida... hasta matar... Y si es preciso morir... y golver a nacer pa golver a morir...

VIEJA. — Calmate, india...

BARBARA. — Y io... lo hice, vieja... Le di dos hijos más lindazos que el sol cuando se acuesta... y también maté...

VIEJA. — No lo digás...

BARBARA. — Pa qué ocultarlo... aunque no lo nombre, el ricuerdo siempre está...

VIEJA. — Trae disgracia el llamar a loj' muertos...

BARBARA. — (Sin oírlo) Me parece verlo... vieja... cuando llegó...

VIEJA. — Una tardecita nomás... el sol se adornecía...

BARBARA. — (Transportada por el recuerdo.) Se me apareció de pronto, en mitad del campo... sucio... los cabellos rivueltos... quemada su cara por el sol... se tambaleaba... acosado por el hambre, la sed y la fiebre... ¡Sus ojos eran dos fuegos que me traspasaron la carne!... Se cayó a mis pies... sin juerzas...

VIEJA. — Los suyos lo habían abandonao, dándolo por muerto, en un encontronazo con los nuestros...

BARBARA. — Era necesario pa que llegara a mí... Tuito se jue juntando pa qué el cayera a mis pies... como pidiéndome ayuda...

VIEJA. — ¡Y vaya si lo ayudaste!

BARBARA. — Io mesmita lo cuidé... noche a noche... día a día...

VIEJA. — Hasta que salió de su calentura...

BARBARA. — Y a la primera que vió jue a mí...

VIEJA. — A' después vino lo pior... cuando loj' hombres... en la tribu quisieron sacrificarlo...

BARBARA. — (Brava como la imagen de una guerrera legendaria y distinta) Io me levanté entonces... contra tuitos...

VIEJA. — Como un ciclón...

BARBARA. — Tuito lo hice por él...

VIEJA. — Tenís cada cosa...

BARBARA. — Si no las tuviera, no sería io... (Se comienza a oír un galope de caballos que poco a poco se va acercando. Bárbara se detiene súbita) ¿Oís, vieja? (Silencio, las dos mujeres escuchan)

VIEJA. — Galope e caballo parece...

BARBARA. — (Extasiada) Sí... (Huinca aparece pronta; el galope se va acercando más y más)

HUINCA. — ¿Ojeron?...

BOTIJO. — (Que sale detrás de Huinca) Alguien se acerca... Debe ser el Jasón con el cabo Mardoqueo... (Los cuatro personajes por un momento quedan como extasiados escuchando el galope de los caballos que se acercan más y más)

BARBARA. — Es él... no puede ser otro... (Se vuelve pronta a los demás) Quiero estar sola... que seia io lo que primero veía... y le llene los ojos hasta emborracharlo... (Todos silenciosos inician el mutis, saliendo muy lentamente. Huinca entra al rancho Botijo sale por la derecha en primer término. La vieja sale última, y antes de salir se detiene a mirar a Bárbara)

VIEJA. — Tení cuidado, india... con tanta felicidad en la boca podís atragantarte.

BARBARA. — (Transportada, escuchando el galope de los caballos que se acercan) Oí, vieja... Oílo cerca... más cerca... ¡ya cruza las piedras negras... ¡ya bordea el pajonal...

VIEJA. — (Retirándose por detrás del rancho) Tené cuidado, india... tené cuidado...

(Bárbara queda sola; escucha con todo su cuerpo el galope que se hace más efectivo y que finalmente se detiene. Hay un segundo de pausa y luego Bárbara se lanza corriendo hacia primer término lateral izquierda y al llegar al borde se detiene, como parada por un rayo, y retrocede con la mirada fija en el que viene. Sin duda, no es Jasón. Toda la actitud y el mismo cuerpo de Bárbara lo dicen. Entra en escena el coronel Ordóñez; es un hombre de unos cincuenta años, bien plantado, de gran estatura y armazón maciza; tiene cabellos y barbas grises. Su impecable uniforme le da una apariencia fabulosa. Tiene una voz segura, amplia, llena. Sabe a lo que viene y lo que quiere. Bárbara ha quedado como petrificada en el extremo derecho, hasta el cual ha retrocedido; el coronel está en el izquierdo, ambos se observan largamente como queriéndose llegar cada uno al fondo mismo de los pensamientos del otro)

C. ORDÓÑEZ. — A vos te buscaba...

BARBARA. — (Sin dejar de mirarlo a los ojos.) ¡Seguro!... ¿No pudiera ser otra?...

C. ORDONEZ. — No me equivoco... me hablaron de vos y tal como sos te describieron...

BARBARA. — ¿Quién jué el del retrato?...

C. ORDONEZ. — El capitán Ahumada...

BARBARA. — Ta güeno... Tiene por qué ser tan esato el retrato... (Hay una pausa larga El coronel decididamente la rompe)

C. ORDONEZ. — Soy el coronel Ordóñez... Nuevo comandante del Fortín "Las Mulitas" soldado de la conquista del desierto... hombre de la patria...

BARBARA. — (Lo mira altanera y luego responde con todo el orgullo de su raza.) Y io soy la hija del cacique Coliqueo... dueña de tuito lo que loj ojos alcanzan a ver pa el sur y pa el norte... y de tuito lo que los ojos no ven pero el corazón andivina...

C. ORDONEZ. — Hacia el Norte, estamos nosotros, la civilización que avanza...

BARBARA. — Malos pasos trae la civilización que acorrata al indio hasta ahogarlo...

C. ORDONEZ. — (Un poco picado.) Se resisten a ser gente... sólo queremos enseñarles...

BARBARA. — ¿Qué cosa?... ¿A ser cristianos?...

C. ORDONEZ. — A saber de Dios... y de la patria... de los deberes y obligaciones del hombre, de la justicia y el trabajo... Queremos levantarlos hasta nosotros... vernos todos al mismo nivel, ser iguales... hermanos como cuadra a los nacidos bajo un mismo cielo... sin distinguo de raza, ni de sangre...

BARBARA. — (Segura pero conteniéndose, pronta a saltar.) Muy lindas sus palabras, coronel... pero entre ustedes y nosotros hay levantada una paré de sangre... que se hace muy difícil saltar...

C. ORDONEZ. — Una frontera que han puesto ustedes...

BARBARA. — ¿Una frontera dice?... Sí, tal vez... una frontera hecha e miedo y penurias... de lágrimas y dolor... Todita la vida serimos diferentes... aunque no se diga, lo sentimos...

C. ORDONEZ. — Hay un Dios que nos iguala totalmente...

BARBARA. — Ia lo conocimos... y qué... El Dios de ustedes nada nos dió, dende que por primera vez oimos hablar de El, tuito jué pa mal... Comenzaron los malones y las cargas de la melicada... Comenzaron las matanzas... y los recelos... las hembras a no ser de naides porque jueron de tuitos... los unos y los otros las robaban... a las blancas del poblao, los fortines y las postas... y a las indias de las tolderías y las tribus... Las desprendían de sus querencias como a yuyo malo... sólo contaba la voluntá y el deseo del macho... blanco o indio... qu'en

eso solo loj hombres son iguales... En cuanto al trabajo que decían enseñarnos... era doblar la cabeza sobre el surco en la tierra, quebrarse de sol a sol por un puñao e maíz y medio porrón de aguardiente... En cuanto a la justicia... no la comprendo... Jué puesta con jusil y pólvora... aprietando... machacando... ¡No! No hay mejor justicia ni ley que la que impone la mesmita conciencia d'el hombre... ¿Y la patria?... ¿Qu'es eso?... ¿De qué me habla?... Si nos hubieran dejao libras a tuitos loj indios... libras como los pájaros en el cielo... sin fronteras ni divisiones... sin esa justicia e loj hombres y sin ese Dios del que me habló... entuavía pudiera ser que conociera la patria... (Hay una larga pausa. El coronel Ordóñez no se esperaba tal discurso de esa india. Luego reanuda el diálogo)

C. ORDONEZ. — No vine a convencerte del bien que podemos traer... vine por otra cosa... que ya no admite demoras... o mejor dicho, vine por tres puntos de un mismo asunto...

BARBARA. — Usté dirá... diga la primera y empecemos... Es mejor hablar las cosas claras y pronto... (Le hace ademán de que tome asiento en uno de los bancos que están junto a la mesa.) Si gusta...

C. ORDONEZ. — Prefiero hablar de pie... caminando fluyen mejor las ideas...

BARBARA. — (Encogiéndose de hombros.) Como quiera... (Hay un silencio. Ordóñez recapacita en lo que va a decir.)

C. ORDONEZ. — Pues bien... a veces la vida nos depara sorpresas muy dispares... en la mía hubo muchos altibajos... (Pausa.) Hace unos veinte años... yo era un hombre joven y... y feliz... (Se detiene, mira a Bárbara y dice luego de una pausa.) Supongo que entiendes la forma en que hablo... (Ella sonríe con una sonrisa escéptica. El coronel continúa.) Me casé por amor, con una mujer que mi cariño hacía perfecta y que no me equivoco en asegurar que sí lo era... De ese matrimonio nació una hija... Aurora la llamamos... Cuando la pequeña contaba dos años, mi mujer Mercedes... sintió que nueva vida brotaba de su cuerpo... nuestro camino de felicidad continuaba... Cuando faltaban aún tres meses para que la criatura naciera... decidimos de común acuerdo que iría a esperarla a casa de sus padres... Su primer parto había sido difícil y temía un poco al próximo, la cercanía de su madre la reconfortaría... yo me le reuniría poco después en la misma ciudad... (Su voz se turba, pero se rehace.) Partió una madrugada fresquita y perfumada, del mismo Buenos Aires... Yo mismo la acompañé una legua al sur y la dejé en la primera posta del camino... Aún veo la diligencia perderse entre ladridos de perros, galope de caballos y gritos de mayores... (Se emociona.) Me quedé mirando cómo se alejaba hasta que sólo parecía una nube de polvo... y un puntito negro y gris en el horizonte... (Se torna dramático.) Esa fue la última vez que vi a Mercedes... varias

basajo
justicia
patria

pdo del coronel

auto retrato
plac.
civiliz

bc. sup.

Dios
religion
lds =

leguas más al sur, donde la pampa se torna como el filo de un cuchillo por lo salvaje... (Mira a Bárbara.) la indiada atacó a la diligencia... mataron a los hombres sin asco... y se alzaron con las provisiones, los bártiles de ropa... caballos y mujeres... Eran tres las que viajaban... sí... se llevaron a mi mujer y con ella a la niña (Pausa.) Desde entonces vago por la frontera que separa a los cristianos del país indio... ¡Veinte años! Veinte años largos, buscando trecho a trecho, palmo a palmo... un indicio... un algo que me dijera dónde estaba mi esposa con mis hijos... Mil angustias desmenuzaban mi alma... y mil veces me olvidé de mi condición de hombre y lloré... un llanto amargo y cruel que me daba la impotencia... Ahora, de pronto, llega a mí como una luz inesperada la posibilidad de hallar, si no todo, parte de lo perdido... (Pausa) El capitán Ahumada... (Hay un toque de atención en Bárbara.) me dio el indicio... él me puso sobre el camino... y me llené de esperanzas.

BARBARA — (Como para sí.) ¿El capitán Ahumada?

C. ORDÓÑEZ — El me encontró en el norte... y... y me habló de vos... y... y de los cautivos que habías criado.

BARBARA — (Igual.) Huinca... y... Botijo...

C. ORDÓÑEZ — Creo que así los llamaron... Todo me induce a pensar que son mis hijos... Sé cómo su madre llegó a las tolderías del cacique Coliqueo... cómo nació el niño, causando la muerte de la madre... Todos los detalles concurren a un mismo punto para hacerme sospechar que son ellos mis hijos... Como prueba fundamental... el capitán Ahumada me entregó esta cadena con un medallón de oro... de un lado está el retrato de mi esposa, Mercedes, y del otro yo mismo... (Saca de entre sus ropas un medallón y lo extiende a Bárbara) Este fue un regalo que hiciera yo a mi esposa precisamente cuando naciera nuestro primer hijo... (Bárbara toma el medallón de las manos del coronel Ordóñez y lo mira automáticamente.)

BARBARA — (Mecánica.) Yo mesmita lo quité del cuello e la muerta y lo coloqué en el de Huinca...

C. ORDÓÑEZ — (Luego de una pausa.) Comprenderás entonces mi ansiedad.

BARBARA — Yo comprendo tuito... (Pausa. Luego agrega con algo de resentimiento y de rencor.) Lo que no comprendo es cómo el capitán Ahumada tenía esto en su poder.

C. ORDÓÑEZ — Huinca se lo entregó...

BARBARA — (Igual.) ¿Y cuándo y cómo Huinca se lo entregó?...

C. ORDÓÑEZ — En el momento de la partida del capitán Ahumada hacia el norte...

BARBARA — (Con creciente intranquilidad.) ¿Y cómo no me enteré yo... y por qué se me ocultó?...

C. ORDÓÑEZ — Tal vez temieron herirte, ante la posibilidad de un alejamiento de los muchachos.

BARBARA — (Seca.) Sólo lo malo se oculta... y güeno así será... ¿Usted querrá verlos sindudamente?...

C. ORDÓÑEZ — Natural...

BARBARA — ¿Y... y llevárselos?...

C. ORDÓÑEZ — Sí.

BARBARA — ¡Ta güeno... (Pausa larga) Sabe que io los crié como si fueran míos...

C. ORDÓÑEZ — Lo sé...

BARBARA — (Como para sí) Me costará el alejamiento... ia habían hecho raíces los dos en mi corazón... el cariño es algo que se adientra en uno sin que uno se dé cuenta... y a después cuesta muchísimo sacarlo... De a veces por más que se haga no se puede... queda ahicito remachao... en el mismo fondo de uno...

C. ORDÓÑEZ — Ciertamente.

BARBARA — (Luego de una pausa.) Ta güeno... pero si usted es el padre... cada uno tiene derecho sobre los hijos...

C. ORDÓÑEZ — Descaría verlos...

BARBARA — (Lo mira) Mesmamente... pero... usted... si no ricuerdo mal, tenía algo más decirme... me parece...

C. ORDÓÑEZ — Primero descaría hablar con mis hijos...

BARBARA — Ta güeno... (Pausa larga; se dirige hacia el rancho; al llegar a la puerta llama.) Huinca... (Huinca aparece en la puerta. Bárbara le señala con un gesto, sin saber qué explicación darle, al coronel Ordóñez; luego se queda un momento junto a la puerta mirando la escena, para entrar después, muy lentamente, al rancho. Huinca se detiene apenas ve al coronel, luego avanza, lenta, sin dejar de mirarlo, hasta colocarse frente a él; están el uno frente al otro, en actitud expectante, se miran sin decir palabras.)

C. ORDÓÑEZ — (Observándola largamente sin ocultar su emoción) Sus mismos ojos... sus mismos cabellos... ella misma con sus veinte años... igualita a tu madre... (Huinca, sin poder hablar, corre a refugiarse en los brazos del coronel. En este momento Bárbara entra al rancho.) Tenía miedo... hasta aquí estaba lleno de dudas... a pesar del relicario... ¡Pero al verte... todo el pasado se puso delante de mí!... ¡No cabe duda!... (Hay una pausa en que padre e hija permanecen estrechamente abrazados.) ¡Tanto tiempo perdido!...

HUINCA — Io sabía que usted estaba en algún lugar esperándome y que un día vendría a buscarme... La distancia no cuenta cuando el cariño es grande... y el mío era tan grande que lo buscó a través de tuitas las distancias pa encontrarlo...

C. ORDÓÑEZ. — (Francamente emocionado.) También yo te busqué... los busqué... desesperadamente...

HUINCA. — Qué de caricias se me murieron en los dedos... qué de besos se enfriaron sin asomar a mis labios...

C. ORDÓÑEZ. — Todo está guardado en vos y en mí... ya terminó la espera...

HUINCA. — ¡Qué larga ha sido! (Con un hilo de voz)

C. ORDÓÑEZ. — (Haciendo ademán de retirarla de entre sus brazos para contemplarla.) ¡Hijital... ¡Querida!

HUINCA. — (Apretándose más contra su pecho) No... quieto así... déjeme así... pegada a su pecho... pa sentir el latido d'ese corazón suyo que tanto aí de haber padecido...

C. ORDÓÑEZ. — Quiero mirar tus ojos, que me recuerdan otros. (Huinca se separa, brusca.)

HUINCA. — Sí... míreme bien... soy io... io como era ella... io Huinca... (Se detiene, súbita) No, Huinca no... Io tengo que tener otro nombre... un nombre e cristiana...

C. ORDÓÑEZ. — (Complacido.) Te llamas Aurora...

HUINCA. — (Extrañada.) ¿Aurora?...

C. ORDÓÑEZ. — Como el comienzo del día

HUINCA. — (Complacida, repite su nombre como si hubiera descubierto un mundo nuevo.) ¿Aurora? (Lo repite transportada y empieza a girar, como un trompo, como enloquecida, repitiendo ese nombre que ahora descubre) Aurora... Aurora... Aurora... Aurora... Io quiero repetir y repetir pa que me quede pegadito en la boca y en el corazón...

Ay... Ay... estoy enloquecida... (Ríe y llora a la vez; está realmente embriagada) Tuito esto lo esperaba como espero lo que hay más allá d'esa lonja e tierra que me separa e lo mío...

C. ORDÓÑEZ. — (Complacido.) Irás hacia ese mundo como si volvieras a nacer... vos, tu hermano... y tú...

HUINCA. — (Cortando.) ¡Como borracha de amor!... ¡Sí, el amor!... Rompiéndome el corazón y rebalsándome loj ojos...

C. ORDÓÑEZ. — (Con una sonrisa.) Tu impaciencia me reconforta...

HUINCA. — Cómo no estarlo, si han robao una montonera de años de mi vida.

C. ORDÓÑEZ. — Aún hay cosas que arreglar aquí... (Transición.) esa mujer...

HUINCA. — (Repentinamente seria.) ¿Bárbara?...

C. ORDÓÑEZ. — Sí y... Jasón Ahumada...

HUINCA. — (Segura, cortante.) Esa unión no es güena, se casaron a lo indio... ante una hoguera... frente a un brujo de cara pintada... entre bailes y cantos qu'eran como quejidos... ¡No!... no es güena esa unión... no es cristiana...

C. ORDÓÑEZ. — Pero existen dos hijos...

HUINCA. — (Segura.) De Jasón...

C. ORDÓÑEZ. — Es una mujer peligrosa...

HUINCA. — (Más segura) Mis deseos deirme y mi amor pueden más, mucho más que tuitos sus hechizos...

C. ORDÓÑEZ. — Ella quiere a Jasón Ahumada...

HUINCA. — (Con toda su fuerza, segura, inmutable.) Io también (Pausa.) Y él me quiere a mí... (Se vuelve brusca hacia el padre) El mesmito me lo dijo... quiere casarse cretianamente con una de su sangre...

C. ORDÓÑEZ. — Es verdad, eso dijo... (Transición) Debo aún hablar de esto con esa mujer... será difícil...

HUINCA. — Pero tuito es posible pa usté.

C. ORDÓÑEZ. — Así lo espero... Son muchas cosas juntas, sabes... y tengo un poco de miedo... A veces pienso que estos indios también tienen corazón... (Pausa) Sólo hay un remedio... alejarla del lugar... por lo menos hasta que vos misma estés ya lejos de aquí...

HUINCA. — (Iluminándosele la cara) ¿Ve, ve, cómo pa tuito hay solución?...

C. ORDÓÑEZ. — (Como una reflexión.) Las soluciones suelen ser aparentes... con ellas siempre hay un perdedor...

HUINCA. — (Como justificándose) ¿Sabía io que tuito sería así?... Io le aseguro que nada busqué... que tuito nació de golpe como si fuera el día que llega a después de la noche...

C. ORDÓÑEZ. — ¡Lo sé... lo sé!...

HUINCA. — Io respetaba al Jasón... dende que lo vide por primera vez en las tolderías... Io era una cría que tenía pocos años... luego las lunas pasaron... pa tuitos... también pa mí... Un día sentí que al mirarlo... los ojos se me enllenaban de lágrimas y dende entonces cuando oía su voz el corazón me temblaba... como las ramas del sauce cuando las toca el viento y se reía la sangre cuando él se me acercaba... y otro día... comprendí que no podía vivir sin él... que lo necesitaba como las plantas necesitan del aire y del sol y del agua pa poder existir...

Quando lo supe... me ritorcía de miedo y de dolor y de vergüenza... y también de gusto... Io le asiguro que nada hice... hubiera querido morir a qu'él notara tuito eso... (Transición.) Otro día más, vide qu'él también me miraba disintamente... y tuito comenzó a cambiar... y a después los sentimientos no pudieron sujetarse... y las palabras salieron de sir garganta y de la mía... como un río rivuelto que no pudiera estar-se en su brazo... y que al saltar tuito lo arrastra... sin importarle nada... (Pausa) Y ia no pensamos más qu'en nosotros... y aura sé como nunca qu'él es tuito pa mí... que de verdá me sentiría morir sin él...

pasión de los 2

sentir
de H. H.
J.

El es como un Dios... que tuito lo puede... Io no sé si está mal el decirlo, pero... lo quiero más que a naide.

C. ORDONEZ — (La mira con tristeza) Nada puedo reprocharte.

HUINCA. — (Abrazándolo) Perdóneme... perdóneme... ricién lo encuentro y la comienzo a hacerle mal. No quiero verle sufrir... ni quiero ser io la causa.

C. ORDONEZ — (Le acaricia la frente) Tu sola presencia es motivo de gozo para mi... (Le besa la frente y luego se aleja preocupado) No soy yo quien más va a sufrir... (Pausa) esa mujer sentirá un dolor que nadie imagina.

HUINCA — Io no quiero hacerle daño a Bárbara.

C. ORDONEZ — Pero se lo haremos... vos y... yo... y el capitán Ahumada. ¡Somos instrumentos del destino para construir su calvario! ¡Tendremos que ser como de piedra para no ceder ante el espectáculo de su dolor!

HUINCA. — (Desorientada y dolida.) ¿Y qué haremos entonces?...

C. ORDONEZ — Las cosas han llegado a un punto insospechado e imposible de ignorar... Debemos arriesgarnos y proceder.

HUINCA — Tengo miedo...

C. ORDONEZ — Lo sé... también yo me siento extraño... preferiria enfrentarme a un malón...

HUINCA — Tengo miedo.

C. ORDONEZ. — Cerraremos los ojos y cubriremos nuestros oídos para que nuestro corazón no sufra... (En un suspiro) Desearia que todo hubiera terminado... que ustedes estuvieran lejos de aquí... (Recuperándose después de una pausa) ¡En fin... es necesario proceder sin demora!... Pero antes de continuar quiero ver a tu hermano... (Con emoción) quiero conocer a mi hijo...

HUINCA — Aura mesmijo se lo traigo...

C. ORDONEZ. — Yo en tanto volveré a hablar con esa mujer... El capitán Ahumada nos espera cerca con los caballos listos... No le permití llegar hasta aquí para evitar se enfrentara con esa mujer, pero no pude impedir que me acompañara...

HUINCA — Me habló d'él y se me adentró una se por verlo, por sentirlo cerca y tenerlo al alcance de mi mano...

C. ORDONEZ — (La mira triste.) No sé qué debo sentir: si tristeza o alegría... Pasaron muchos años hasta encontrarte, y ahora que te encuentro, debo volver a perderte... Todo en la vida es así, el momento que pasa no se recupera jamás.

HUINCA. — (Tierna.) No se me ponga triste que no hay por qué... (Transición.) Corro a buscar al Botijo... Debe andar cerca de aquí mirando el cielo qu'esta noche tiene más estrellas que nunca... (Huinca sale corriendo. El coronel se queda un momento mirando por donde ha

partido. Luego mira hacia el rancho, hace ademán de acercarse; en ese momento entra la vieja creyendo que es el capitán Ahumada que ha llegado.)

VIEJA — (Su voz se escucha antes que ella aparezca.) Ahíto nomás está la comida... la podimos empezar a besar el porroncito e ginebra (Se detiene al ver al coronel Ordóñez.) Usté perdone, mi comandante... io creiba qu'era... usté dispense... (Lo mira) no mi resulta cara amiga.

C. ORDONEZ. — Podés avisar que estoy esperando.

VIEJA. — (Sin dejar de mirarlo) Ta güeno... (Se acerca al rancho) India... un general t'está esperando (Bárbara sale del rancho. Se acerca hasta el coronel Ordóñez. La vieja se sienta en el suelo junto a la puerta del rancho, viendo con sus ojos indios y presintiendo la tormenta.)

BARBARA — (Luego de una pausa) ¿Y güeno? (El silencio continúa) Lo primero ia está dicho pero... l'otro... (Pausa) ¡Debe ser grande la cosa cuando tanto se demora!

VIEJA. — (Que ha estado a la expectativa) — India —

BARBARA — (Sin dejar de mirar al coronel) ¿Qué queris?...

VIEJA — Aura io tengo miedo...

C. ORDONEZ. — Podemos hablar a solas.

BARBARA — Mi sombra y ella son la misma cosa... hable, pués, no se demore que la demora me hace oler malo.

VIEJA. — (Previniéndole) ¡Tenga cuidado, mi comandante!

C. ORDONEZ. — (Siempre en juego.) Sos como un huracán dormido.

VIEJA. — (Ante el silencio de Bárbara.) Antes de largar sus palabras piénselo... entuavía está a tiempo nomás...

C. ORDONEZ. — (Brusco, a la vieja) ¡Basta, vieja!... Tus advertencias no me interesan... (A Bárbara) sos vos quien debe contestarme...

BARBARA. — (Que no ha dejado de mirarle a los ojos, encogándose de hombros) Io soy una pobre mujer... io estoy aquí y ellos allá y la frontera está en el medio...

C. ORDONEZ. — Tu sola presencia cruza esa frontera para llevar tus agüeros y brujerías... (Tu fama es un fantasma que constantemente agüjonea la imaginación de los supersticiosos llenándolos de pavor.)

BARBARA. — No son hombres.

C. ORDONEZ. — Porque lo son, te tienen miedo...

BARBARA — (Mirándolo fijo.) ¿Usté lo cree?...

C. ORDONEZ. — (Sin hacer caso.) Tengo entendido que hasta carecían de alimentos, durante la ausencia del capitán Ahumada, porque tanto los del fortín como los de la posta evitaban llegar hasta aquí y no les permitían a ustedes acercarse a ellos.

VIEJA. — Mesmito...

BARBARA. — El campo está lleno de animales... y io puedo empuñar un rifle o un arco como naides...

Destino

evitar
enfrenta
m. II
S. B.

S/B

C. ORDOÑEZ. — También ellos lo saben... y temen tanto a tus hechizos como a tu puntería.

BARBARA. — Ta güeno...

C. ORDOÑEZ. — Vale decir que tu presencia, por varios motivos, es indeseable.

BARBARA. — (Comenzando a desbordarse.) Soy la mujer del capitán Ahumada, y a mí sólo me interesa su presencia... ¡él a nada teme!

C. ORDOÑEZ. — Es un gran hombre... su fama nos llegó hace mucho tiempo... la misma hazaña en la toldería de tu padre...

VIEJA. — (Cínica) Ta güeno

C. ORDOÑEZ. — Todo eso lo hace importante... sus méritos han sido apreciados y serán aún más reconocidos

BARBARA. — (Orgullosa.) ¡Yo soy su mujer!... ¡El no necesita otra cosa! lo le di dos hijos... ahísito dentro del rancho están durmiendo...

C. ORDOÑEZ. — Todo eso lo sé... (Transición.) El hombre no puede estar sin mujer... esta pampa es árida y caliente la sangre...

BARBARA. — (Orgullosa.) Aquí no hay mujer pa naidés... sólo él viene a mi rancho, que es el suyo... Mi cuerpo no conoció otro cuerpo qu'el suyo... Los demás roban indias de las tolderías, es su quehacer o se acoyaran con las hembras de la posta... qu'esas pa tuito sirven...

C. ORDOÑEZ. — (Enérgico) Son esas mujeres y esos hombres los que no te quieren...

BARBARA. — Es bastante con que me llene el amor del capitán Ahumada...

C. ORDOÑEZ. — El tiene sus deberes que cumplir...

BARBARA. — Con sus hijos y conmigo...

C. ORDOÑEZ. — Con su patria... y con los suyos

BARBARA. — (Después de una pausa larga, presintiendo lo peor, va masticando sus palabras.) Dígalo ia sin rodeos... si lo que trae en el buche l'está quemando la boca...

C. ORDOÑEZ. — (Luego de una pausa, sin escapatoria.) Por la tranquilidad de los míos, por la seguridad moral de mi tropa y de la gente de la posta... Yo mismo he decretado tu partida de este lugar.

VIEJA. — ¡Nos echan, indial!

BARBARA. — ¡Con qué derecho!

C. ORDOÑEZ. — El desierto da derechos al hombre que lo conquista.

BARBARA. — (Conteniéndose.) ¡Animal raro es el hombre!... ¡Hace un momento usted suplicaba... suplicaba por sus hijos!... Y ahurita ordena... Si yo pudiera hacer abrir la tierra a sus pies... lo haría... pero presiento otra cosa entuavía... sus ojos dicen mucho más que sus palabras...

C. ORDOÑEZ. — Mis órdenes son irrevocables... Deberán partir cuanto antes...

BARBARA. — ¿Y adónde ir?...

C. ORDOÑEZ. — Regresarás con los tuyos, a tu tierra...

BARBARA. — (Cediendo por primera vez a la desesperación y como en una queja.) ¡Ay... mi tierra!... (Se vuelve fiera, fuerte en un súbito arranque) Mi tierra es tuito ¡Ay, cuánto rícuero mi toldería!...

C. ORDOÑEZ. — Las tolderías existen y vos sabés dónde... Emprenderás el camino antes de que amanezca...

BARBARA. — (Con todo su resentimiento.) Poco macho son sus hombres que tienen miedo a una india...

C. ORDOÑEZ. — (Implacable.) La noche será propicia para la partida

VIEJA. — La noche es amiga de los que juyen.

(Hay una pausa; luego de una lucha consigo mismo, Bárbara dice llena de terror y ansiedad)

BARBARA. — No haré resistencia... Apenitas rigrese mi hombre partiremos...

C. ORDOÑEZ. — (Seguro.) Tendrás que partir sola...

BARBARA. — Con mi hombre dije...

C. ORDOÑEZ. — No pienses en él...

BARBARA. — ¿Por qué?... Ni aunque fuera muerta, metida en un pozo, dejaría de pensar en él...

C. ORDOÑEZ. — Tendrás que hacerlo...

BARBARA. — (Comienza a desbordar su fuerza.) Pero, ¿quién es usted pa exigir tanto?...

C. ORDOÑEZ. — (El diálogo se hace más cortante) Ya te lo dije... aquí soy como el dueño y señor... Dicto las leyes de esta avanzada en el desierto y mis leyes deben respetarse... y yo ordeno, me entendés, ordeno... que partas a tus tierras antes de que despunte el nuevo día...

BARBARA. — Que me acompañe Jasón, él me trajo aquí... Que me lleve a mis tolderías... de donde me sacó... a los míos, qu'él me hizo traicionar...

C. ORDOÑEZ. — Sólo vos levantaste a tu pueblo contra tu padre... ¡no merecés compasión!...

BARBARA. — El era tuito pa mí... la vida misma... sólo su presencia llenaba mis días...

C. ORDOÑEZ. — (Cruel.) Tu pasión no justifica tus crímenes...

BARBARA. — (Con amargo dolor.) ¡Cómo le han hablao de mí!... Como si fuera un mesmito ciclón que tuito lo arrastra... (Transición, melíada en sus pensamientos.) Y en verdá io sólo tenía la desesperación de perderlo...

C. ORDOÑEZ. — El capitán Ahumada tiene un porvenir brillante... nada ni nadie puede detenerlo... ni siquiera vos con toda tu sangre india y todos tus hechizos de bruja...

hizo de los que
agradicim
BARBARA. — (Tranquila y fiera al mismo tiempo) No lo admire tanto, mi coronel... Lo qu'él puede ser io lo hice... Si él es alguien, por mí nomás es... Si no hubiera tropezao conmigo... sería un melico más perdido en el desierto.

C. ORDONEZ. — El reconoce la deuda que tiene para con vos... reconoce que vos le salvaste la vida

BARBARA. — (Con ansiedad) ¿El sabe que usté m'echa?

C. ORDONEZ. — Sabe de tu partida

BARBARA. — (Rebelándose.) ¡Y cómo es qu'entavía no está aquí pa defender lo suyo!

C. ORDONEZ. — Lo suyo no es esto

BARBARA. — (Desafiante.) No creo que mi hombre sea tan blando como pa no defender lo que en verdá le pertenece... como pa acatar sus órdenes por más comandante que usté sea...

C. ORDONEZ. — (Amenazante.) India, estás jugando con mi paciencia...

BARBARA. — (Desafiante. Clavándole la mirada) Ia no tengo nada que perder...

C. ORDONEZ. — (Igual) Eso creés vos... (Los dos se miran centelleantes. Hay una breve pausa en que las actitudes hablan. En ese momento, entran por derecha Huinca y Botijo, sorprendiendo en esa actitud de duelo a Bárbara y el coronel)

HUINCA. — Ia lo encontré... (Se detiene; el coronel desvía la mirada de Bárbara para posarla en sus hijos.)

C. ORDONEZ. — (Venciendo su emoción.) Aquí están mis hijos... con ellos regresaré al fortín... Ya he aguardado demasiado...

BARBARA. — (Con todo su impetu) ¡Cómo se llena la boca con esas palabras!... ¿Pero qué sabe usté de sus hijos?... Mucho más puedo decirle io que los he visto vivir bajo mis manos como si fueran míos...

C. ORDONEZ. — Hay algo que no podés cambiar, su nacimiento... Estos son mis hijos y me los llevo...

BARBARA. — (Con más impetu) Y ahí dentro están los míos, míos y de Jasón... con ellos llegué hasta aquí como llegué con los suyos... defendiéndoles la vida paso a paso...

BOTIJO. — (Acercándose a Bárbara sin comprender lo que pasa.) ¿Qué te sucede, Bárbara?... Te siento herida... ¿Qué quieren hacerte?...

BARBARA. — (Brutal.) Ahí lo tenís... es tu padre... Viene a buscarte pa que seas un cristiano de verdá... como él... pa que sepas mentir... y odiar... y clavar el cuchillo hasta el mango sin dolerte...

BOTIJO. — (Arrodillándose ante ella y abrazándola por las piernas.) No... no... no... no me digas eso... no me hables así... Vos sos mi madre y mi padre juntos...

BARBARA. — (Detiene un momento su furia y acaricia la cabeza del muchacho.) ¡Sos de ley!

BOTIJO. — (Bravo, se precipita hacia el coronel.) No quiero que la dañen... ¿Pa qué golpiar así? No es de hombre...

C. ORDONEZ. — (Deteniéndole.) Habías sido fuerte, muchacho... buena sangre tenés... pero cuidate, mocoso, que puedo más que vos... (Transición.) Soy tu padre... entendolo bien... y he venido a buscarte para darte tu lugar... (Lo mira largamente como si recién lo descubriera y dice, tratando de disimular su emoción) ¡Si habré dibujado tu rostro en mis noches de insomnio... cuando mis brazos se desesperaban por estrechar lo que es mío! Si habré imaginado tus ojos y el sonido de tu voz

BOTIJO. — Io no le pertenezco.

C. ORDONEZ. — Sin embargo, sos mío... tan mío como lo son mi sangre y mi cuerpo...

BOTIJO. — Suyas pueden ser sus manos y su boca y sus ojos... y si gusta, la tierra tuita qu'está pisando... pero la vida de los otros no le pertenece... ¡Io soy mío sólo! y me agarro a los que quiero y que me quieren...

C. ORDONEZ. — Hay lazos invisibles que no podrás destruir... ellos te harán nacer nuevos afectos... los reales, los verdaderos... los que nunca debiste perder...

BOTIJO. — (Encogiéndose de hombros) Si se perdieron ia no existen... y bien perdidos están... Io no los busco ni los quiero...

C. ORDONEZ. — (Con dolor.) No te me cierres, muchacho... que yo siento crecer mi cariño y la ternura que tanto tiempo guardé...

BOTIJO. — (Hosco) Quédese con ella, io no se la pido... Mal puede hablar d'esas cosas si malamente lastima a esa mujer...

C. ORDONEZ. — ¡Soy tu padre!

BOTIJO. — ¿Lo sé io por un si acaso?... Io no lo conozco...

C. ORDONEZ. — No desconfiés, muchacho... yo no puedo desearte mal... Te ofrezco el lugar que te corresponde...

BOTIJO. — (Sin comprender.) ¿Mi lugar?... ¿Es que hay otro lugar ande io pueda estar?... Mi lugar lo crea mi afecto, el cariño y... y io por usté no siento nada...

C. ORDONEZ. — El tiempo despertará tus verdaderos sentimientos...

BOTIJO. — Malos serán si me olvido de los de ahura... (Se vuelve hacia Bárbara) Io me quedo

C. ORDONEZ. — (Pronto, pesando sus palabras.) He andado mucho hasta encontrarte... son muchas las cosas que podría decirte... pero prefiero que con el tiempo vos mismo lo comprendas...

BOTIJO. — ¡Me habla... y sus palabras me llegan como por boca e un estraño!... (Lo mira y va marcando sus palabras.) Io a usté no lo conozco... nunca lo vide... nunca me tendió la mano cuando estuve malo...

C. ORDÓÑEZ. — El corazón te enseñará a quererme...

BARBARA. — (En una risolada.) Oílo, Botijo... habla de corazón... él, él que quiere arrancarme el mío...

C. ORDÓÑEZ. — (Implacable. En el último límite de su paciencia.) Basta de palabras... (Al Botijo.) Vos regresarás conmigo, quieras que no... y ustedes partirán antes del alba, si no yo mismo mandaré quemar este rancho hasta que sólo queden las cenizas...

BARBARA. — (Desafiante.) Pruébelo

C. ORDÓÑEZ. — (Conteniéndose.) No me desafiés y grabate bien este... El capitán Ahumada sabe de tu partida... te lo repito... y el capitán Ahumada está de acuerdo con ella...

BARBARA. — (Cortante.) Qu'él me lo diga, y entonces lo creeré...

C. ORDÓÑEZ. — (Pesando sus palabras, dejándolas caer tremendas.) Entendeme bien, india, él partirá hacia el norte... partirá con mi hija después de desposarla como la ley de Dios lo manda...

BARBARA. — (Con un aullido que hace temblar la pampa.) ¡Ah, perral! ¡Ande estás que te saco loj-ojos!... (Se avalanza hacia Huinca y el coronel le intercepta el paso.)

C. ORDÓÑEZ. — ¡Cuidadot!

BARBARA. — (Debatiéndose como una fiera acorralada.) ¿Pero qué sos vos?... ¿Vibora, alimaña?... Hija e mala madre con tanto veneno dentro... que clavás el diente en la teta que te dió e mamar... (Se pasea como una leona enjaulada a la que acaban de castigar.) ¿Ande se veían?... ¿Cuándo comenzó tuito qu'estos ojos míos no lo vieron, qu'esta piel mía no lo sintió?...

HUINCA. — (Como una débil explicación.) Io no tengo la culpa de haberlo querido... io soy una mujer como vos... tan pobre y sin defensa como vos pa el amor...

BARBARA. — (Conteniendo trabajosamente su violencia.) Entuavía hablás... entuavía estás viva... (Como una queja.) Cómo será de grande esta herida que io mesmita no me riconosco de saltar pa aprietarte el cuello hasta ahogarte...

VIEJA. — (Incitándola.) Desatate, india... demostrará tuito lo que podís...

C. ORDÓÑEZ. — (Cortando la situación.) De nada vale hablar tanto...

BARBARA. — (Volviéndose hacia el coronel.) ¿Qué más quiere de mí?... ¿No ve hasta dónde llega la herida?... (A Huinca, más fiera.) Y vos... vos... ¿podrás vivir tranquila sin que la conciencia te apriete el corazón?...

HUINCA. — Tendría que preguntarle al corazón por qué se encendió d'ese modo hasta quemarme...

BARBARA. — (Entre dientes.) Mala hembra...

HUINCA. — (Como una débil defensa.) No quise hacerte daño...

BARBARA. — (En un grito.) ¡Me lo hiciste!

HUINCA. — Si io pudiera arrancarte el dolor pa que no sufrás...

BARBARA. — ¡Mentira... mentira!...

HUINCA. — No me condenés...

BARBARA. — ¡Si pudiera abrirte el pecho con estas uñas mías, hasta llegar al fondo de la conciencia!...

HUINCA. — Io también sufro... también siento el dolor que vos sentís... Io no soy mala...

BARBARA. — Qué sabís vos... si no tenís corazón...

C. ORDÓÑEZ. — ¡Basta de palabras!

BARBARA. — (Fuerte.) ¡Tengo derecho a llorar! ¡Hasta los animales pueden quejarse!...

BOTIJO. — (Que ha permanecido como desconcertado ante todo, se acerca a Bárbara.) India... no quiero que sufrás...

BARBARA. — Ia no hay dolor que mi corazón no conozca...

BOTIJO. — Decime, india, qué querís que haga... Decímelo... que io tengo juerzas pa domar un potro y pelear con un puma...

C. ORDÓÑEZ. — (Contundente.) Vos ya tenés tu lugar junto a mí...

BOTIJO. — (Rebelándose.) No lo quiero... (A Bárbara.) India, io me voy con vos... a él no lo riconozco... nada quiero d'él...

C. ORDÓÑEZ. — Ya comprenderás el porqué de todo...

BOTIJO. — No quiero estar a su lado... (Retrocede.) no quiero que tenga derechos sobre mí... io soy libre como el fiandú en la pampa... a usté ni siquiera le tengo miedo... (Retrocede más.) solamente no lo quiero... no lo quiero... no lo quiero... (Sale corriendo mientras su voz se va perdiendo en la noche con esas palabras. Hace el coronel ademán de seguirlo. Huinca lo detiene.)

HUINCA. — Déjelo... ia rigrésará...

C. ORDÓÑEZ. — (Se vuelve fiero hacia Bárbara.) Y... vos has oído ya mi última palabra: partirás antes del alba...

BARBARA. — (Conteniéndose.) ¡Ta güeno!... (Transición. Se vuelve dolorida hacia el coronel.) Se me lleva tuito usté... me lleva el corazón mesmamente...

C. ORDÓÑEZ. — Las cosas vuelven a tomar su cauce normal...

BARBARA. — ¿Y mi dolor?...

C. ORDÓÑEZ. — Nada puedo hacer... yo también sufrí...

BARBARA. — ¿Y entonces?...

C. ORDÓÑEZ. — El destino... Dios... los hombres... o lo que sea así lo quieren...

VIEJA. — (Para sí.) Ta güeno...

C. ORDÓÑEZ. — (Sin oírlo.) Mis hijos deben volver a mí... su lugar está a mi lado... midiendo mi vejez... ayudándome a morir... y el capitán Ahumada con nosotros... cristianamente... Es un deber impuesto por su sangre y su razón...

defensa

suaviza

respuesta

mandatos
orden
en el mdo

al hacia a s.
VIEJA. — Blando como mujer habla e ser pa no defender lo que en verdá es suyo...

BARBARA. — (*Recuperándose, profunda.*) ¡No importa, vieja! Io sola me basto pa defender lo mío...

VIEJA. — (*Incitándola.*) ¡Arañales el corazón pa que apriendan!

C. ORDÓÑEZ. — (*Firme a Bárbara.*) ¡Yo no te temo!

VIEJA. — No llame a la disgracia, coronel

C. ORDÓÑEZ. — Te conozco, india. te conozco a través de todos los de tu raza que pasaron por mis manos... Aquí serás siempre un peligro. Sé que no te quedarás quieta en esta frontera, que tu presencia junto al Fortín es como un fuego que todo lo abrasa. Tu fuerza, real o mentida, puede mucho... ¡hasta puede destruirte a vos misma! La felicidad ajena puede enloquecerte... te sé un titán en tu frágil cuerpo de mujer, débil de apariencia, pero con un mundo extraño y tormentoso que te impulsa a todo... ¡Es verdad! debería temerte! pero igual te expulso... sí... me arriesgo a ponerme frente a vos. Te irás en el plazo fijado... y yo celebraré la boda de mi hija con el capitán Ahumada... y si súbitamente me siento arder por dentro... si enloquezco hasta morir pensaré en vos, india... y sabré de la verdá de tu poder... No importa, jugaré hasta mi última carta... soy hombre. (*Pausa*) y ya no hay más nada que decir... ya no nos volveremos a ver más... Me llevo a mi hija... y espero que vos misma convenzas al muchacho de dónde está su lugar... (*El coronel hace ademán de retirarse con Huinca, que durante este monólogo permaneciera como vencida, con la cabeza baja, abrumada, desconcertada*)

BARBARA. — (*Súbita, corriendo hacia ellos como un vendaval*) Coronel... (*Se detiene. Bárbara dice despacio, midiendo sus palabras*) Más le valdría morir ia mesmo que esperar se rompa el río de mi odio...

C. ORDÓÑEZ. — (*Sosteniéndole la mirada y abrazando a Huinca, que se ha refugiado contra su pecho.*) Te lo dije, india... no te temo... ¡Por un segundo los dos se desafían con la mirada, luego el coronel y Huinca salen lentos; la vieja, súbita, se levanta como castigada, y luchando contra sus años se desplaza como fiera enjaulada)

amenazar
VIEJA. — Juera... juera, cuervos... juera, creistianos habían e ser pa no tener corazón... Juera... juera... (*Gritando*) Ténganle miedo al corazón lastimado d'esta mujer... ténganle miedo al juego e su sangre y al grito e su rabia... (*Se desplaza frenética*) ¡Ay, cómo han de Horrar!... ¡nunca habrán sufrido tanto!... ni nunca naide sufrirá así... (*Se vuelve hacia Bárbara, que se ha quedado como clavada en su lugar, mirando cómo se alejan el coronel y Huinca.*) Movete, india... no te me quedís ahí como estaqueada... despertá tuitas tus fuerzas pa que apriendan a respetar los sentimientos del que sufre... No te demorés, india...

buscá el camino, e sus corazones y arrancácelos como fruta podrida Io mesmita te ayudaré... hacelo, india... hacelo

BARBARA. — (*Que ha permanecido estática*) ¡Solás, vieja... solás! Me siento morir...

VIEJA. — (*Insistiendo*) ¡No... no... no!... Levantá esos ojos, descargate, india... descargate como una tormenta... no respetés nada

BARBARA. — ¡Estoy como muerta!

VIEJA. — ¡Encendete, india!

BARBARA. — No tengo fuerzas

VIEJA. — Sacalas d'el fondo e tu ánima...

BARBARA. — ¡No puedo!

VIEJA. — Tenís que poder... te robaron tuito lo tuyo... ¿me oís? } hasta el mesmito Jasón.

BARBARA. — (*Como lejana*) Jasón... Jasón... (*En un grito*) ¡Jasooooon!... (*Luego se vuelve, amarga, contra si misma.*) ¡Dónde estás que no oís el grito de mi dolor! (*Vuelve a gritar frenética, como buscándolo en la sombra*) ¡Jasooooon!

VIEJA. — (*Animándola*) Ansi... ansi... te quiero ver... (*De pronto Bárbara se suspende como ante una aparición. La luna acaba de aparecer. habla como fascinada por su presencia*) Mirá, vieja... apareció la luna

VIEJA. — (*Siguiendo el juego de Bárbara.*) ¡Pa ayudarte, india!

BARBARA. — (*Como fascinada*) ¡La luna!

VIEJA. — (*Igual*) Está roja...

BARBARA. — Como mi dolor...

VIEJA. — (*Con la mirada fija en la luna que aparece redonda y roja.*) Ella te está hablando, india... oíla... su voz es fuerte y segura... ¡me da miedo!... ¡Es como si llegaran las voces de tuitos los muertos!... ¡Tuitos los tuyos!... ¡Sentí su fuerza, india... se adentra en uno como la calentural (*Subrayando sus palabras con movimientos de abstracción como si cumpliera una ceremonia religiosa, la vieja la acompaña con el mismo fervor.*)

VIEJA. — (*Litúrgica.*) Redonda y grande...

BARBARA. — Asomada a la tierra...

VIEJA. — Con los ojos hundidos...

BARBARA. — (*A la luna*) Como de piedra...

VIEJA. — ¡Madre de tuito lo malo!

BARBARA. — Madre de lo hermoso...

VIEJA. — ¡Del silencio!

BARBARA. — De la desesperación...

VIEJA. — De la amargura...

BARBARA. — Del dolor...

VIEJA. — Del cuchillo escondido y del frío de muerte...

BARBARA. — ¡Hermana de la noche!

VIEJA. — Vos que tuito lo ves...

BARBARA. — ¡Novia del sol!

VIEJA. — Vos que tuito lo andivinas

BARBARA. — Compañera de las nubes

VIEJA. — Vos que tuito lo podis

BARBARA. — Amiga de las estrellas

VIEJA. — Llévala con tu mano de luz

BARBARA. — No me alejís de tu lado.

VIEJA. — Encendele la sangre...

BARBARA. — ¿Qué debo hacer?

VIEJA. — Enyenala e rabia.

BARBARA. — ¡Adónde debo dirl! ¡Qué lugar de la pampa acogerá mi cuerpo un abrigo, noche! Un abrigo donde llevar mi cuerpo y el de mis hijos...

VIEJA. — Dale tu juerza. Tuita la juerza e tu juego y de tu luz pa vengarse

BARBARA. — No me dejís ahura sola vos no tenís el corazón de los hombres pa abandonarme. ¡no me dejís sola! *(Por el lado izquierdo aparece el capitán Ahumada. Es un hombre que justifica en todo el apasionamiento de la india. El capitán se detiene al entrar a escena. Al ver el cuadro, guarda un instante de silencio. Bárbara está en el centro de la escena, de rodillas en actitud implorante; frente al público, como si la luna a quien hablara estuviera ahí. En la misma actitud, un poco más atrás hacia la derecha del espectador, está la vieja. Ninguna de las dos mujeres ha advertido la presencia del capitán. Este, luego de una pausa, dice.)*

JASON. — ¡Bárbara! *(La vieja vuelve violenta la mirada hacia Jason. Bárbara queda estática, con la mirada clavada en la noche. Ha sido detenida en su actitud por la voz del hombre; aún no se atreve a creer en su presencia real)*

JASON. — *(Insistiendo)* Bárbara

BARBARA. — *(Sin variar su actitud.)* Vieja... ois...

VIEJA. — *(Con la mirada clavada en Jason.)* India

BARBARA. — *(Siempre en su actitud.)* Decime, vieja... ¿es él? ¿es él? ¿es él?

JASON. — *(Adelantándose)* Sí... yo...

VIEJA. — *(Interponiéndose.)* Jueva... jueva...

BARBARA. — *(Súbita)* ¡No!... ¡Aquí!... Al fin...

VIEJA. — *(Brava.)* Echalo, india... echalo sin asco...

BARBARA. — *(Se vuelve hacia Jason mirándolo intensamente; están frente a frente; la vieja va llenando la pausa con una misma palabra, y viendo su inutilidad se va retirando poco a poco por detrás del rancho.)*

VIEJA. — Echalo... echalo... *(Alejándose.)* Echalo... india... echalo... *(Desaparece.)*

BARBARA. — *(Que ha permanecido frente a Jason con sus ojos clavados en los del hombre como queriendo llegar hasta el fondo del corazón)* ¡Sos vos, Jason!... ¡vos!... ¡Sí!... *(Adelanta su mano hasta la cara del capitán)* Tus ojos... Tu boca... *(Se le acerca más)* Yo sabía que vendrías... *(Se le acerca hasta permanecer pegada a él ofreciéndosele en un beso)* Jason... besame, Jason... Soy tuya... más tuya que tu propia sangre... *(El ni siquiera adelanta los brazos para estrecharla)* Besame... *(Pausa ante la indiferencia del capitán. Bárbara reacciona)* Besame... *(Grita fuerte, imperativa.)* Besame... *(Jason no responde. Bárbara va retrocediendo con la mirada clavada en Jason)* ¡Entonces es cierto!... ¡Verdá tuito lo dicho... y vivido en estas horas! *(Transición. Se vuelve hosca, huraña)* ¿A qué has venido? ¿Qué más quieren de mi vos y los otros?...

JASON. — Vine a darte una noticia

BARBARA. — ¡Otral!

JASON. — El coronel Ordóñez te permitirá un día más de pausa. pero antes del segundo amanecer deberás partir sin ninguna vuelta...

BARBARA. — *(Despreciativa)* ¡Tuitos me temen!... *(Transición)* Vos también...

JASON. — Estás llena de amenazas

BARBARA. — ¡No! Estoy llena de dolor.

JASON. — Durante mi ausencia, llenaste de miedo a la gente de la posta y aún a los del Fortín... Resucitaste en vos tu antigua fuerza de hechicera que yo creía olvidada, para aterrorizar a los flojos

BARBARA. — *(No muy convencida.)* Habladurías nomás...

JASON. — Aseguran que anticipaste cuanto desgracia ocurrió en el Fortín y la posta.

BARBARA. — *(Igual)* La desgracia se huele en el aire...

JASON. — Dicen que anunciaste vientos y tempestades y hasta una peste... Se hacen lenguas de tu oído afinado que aplicado sobre la tierra te descubre las idas y venidas de la gente del Fortín y aún de mucho más lejos...

BARBARA. — Todos los indios lo hacen...

JASON. — Los del Fortín y la posta te acusan...

BARBARA. — *(Conteniéndose.)* Al caído es fácil castigarlo...

JASON. — Todos esos cargos son los que se te hacen...

BARBARA. — ¿Por qué escuchar al que acusa y no al acusado?...

JASON. — De alguna manera tienen que defenderse

BARBARA. — Todos tenemos ese derecho... aunque no lo parezca...

JASON. — Son soldados...

BARBARA. — ¡Claro, pues! Y son también cristianos...

permiso p' demoral

JASON

anuncio q' no son de hechicera, es como de la uca

JASON. — ¿A quién culpar?...

BARBARA. — Cierto... ¡a nosotros!... (Transición) Mientras vos estuviste aquí a mi lado... las distancias entre el fortín y el rancho no fueron más que eso, distancia solamente, un no sé qué la mantenía... A después cuando partiste... (Subraya las palabras.) Ese no sé qué creció como una montaña... y todos golvieron a verme india... ¡La no era la mujer del capitán Ahumada, ni mis hijos tus hijos, ni aquellos que aquí vivían parte de lo suyo... ¡No!... Tuitos éramos indios, herejes, por-dioseros de la pampa, maestros de brujerías... y nosotras, las mujeres... pasto pa el ganado... y vos sabís que la melicada hambrienta e mujer es fiera... Los que vos decís aliura tuyos, nos acosaron, hasta la cara del hambre nos mostraron bien de cerca... y ¡yo me defendí... y defendí a los míos con tuitas mis juerzas... Me defendí con lo que pude... puse un cerco e brujerías y misterios pa que naides se pudiera acercar... Mi jusil y mi arco me ayudaron... ¡Me defendí! Era mi derecho y mi deber...

JASON. — (Transición) Creeme, Bárbara... que hice todo lo humanamente posible para que el coronel Ordóñez no te expulsara de este lugar... ¡todo fue inútil!... Su rencor contra tu raza ha crecido y viene de lejos... A ese rencor se suma ahora tu actitud; al defenderte de esa manera, hiciste correr el miedo entre esas pobres gentes... tu sola presencia es motivo de disturbio entre la soldadesca... temen de verdad a tus hechizos y brujerías.

BARBARA. — Con ellos los mantuve lejos.

JASON. — (Conciliador) Lo sé... Pero ellos son simples, tan simples como bravos; prefieren enfrentarse a un malón o a un puma embravecido que a tus supuestos poderes...

BARBARA. — (Mirándolo intensamente) Vos también tenís miedo... miedo de que golpee a tu puerta pa mostrarte este corazón mío que tanto está lastimando... El coronel m'echa d'esta tierra y vos de la vida...

JASON. — Siempre pensé que llegaría un momento en que esta separación tendría que suceder... y sufría pensando en vos... Soy yo el culpable, es verdad... ¿Pero puedo acaso negar que te quise? ... ¡No!... ¡Somos demasiado iguales! El valor del hombre está en reconocer sus faltas...

BARBARA. — (Pronta.) En reparar sus injusticias...

JASON. — Yo comienzo por reconocer mis culpas... y eso ya es mucho... demasiado en un hombre como yo, hecho a la dureza y a lo imprevisto... (Transición.) Acepté tus sacrificios en aquel momento porque convenían a mi situación...

BARBARA. — ¡Yo confiaba en vos.

JASON. — Es verdad que me valí de tu posición... de tu poder, terreno y... y puede que extraterreno para salvar mi vida...

BARBARA. — La mía hubiera dado por la tuya...

JASON. — Mi cautiverio fue largo...

BARBARA. — ¿Y el mío?.. No lo mediste paso a paso...

JASON. — Debía regresar a los míos...

BARBARA. — Y ¡io por vos debía abandonarlos.

JASON. — (La mira.) Vos y yo fuimos uno...

BARBARA. — ¡Es verdad!

JASON. — Juntos estuvimos en la lucha...

BARBARA. — Contra los míos...

JASON. — Juntos levantamos al pueblo contra el cacique Coliqueo...

BARBARA. — ¡Era mi padre!

JASON. — (Más seducido por el recuerdo) Juntos matamos...

BARBARA. — ¡Io... maté a mi hermano... io... y cuando quedé sola... al frente de tuitos... cuando muerto mi padre y mi hermano como única hija del cacique debi elegir hombre pa gobernar a los míos... te elegí a vos... a vos contra tuitos...

JASON. — Es verdad... contra todos y contra todo...

BARBARA. — Y me hiciste tu esposa...

JASON. — Ante un brujo...

BARBARA. — (Encadenando los recuerdos) Y luego me tomaste ante una hoguera...

JASON. — (Llevando sus pensamientos hasta aquel momento.) Se oían apagados, como lejanos, los cantos y los gritos de los indios...

BARBARA. — (Igual.) El juego se levantaba temblando cerca e nojotros...

JASON. — Cómo brillaba tu cuerpo al resplandor de las llamas... Era como un leño más, encendido, ardiente... que me quemaba los brazos... y me hacía hervir la sangre... El perfume de tu pelo me llenaba la cabeza hasta emborracharme...

BARBARA. — (Sintiéndolo flaquear.) ¡Este es mi pelo!

JASON. — (Lo va a acariciar, dejándose llevar por la situación, aun a pesar suyo.) ¡Tu pelo!... ¡Mata de noche entre mis dedos!... ¡Blando!... Suave como agua de manantial...

BARBARA. — (Empleando toda su seducción.) Huele a hierba güena... a menta... (Jason tiene a Bárbara prácticamente en sus brazos; a pesar suyo la tentación ha podido más que él y se va dejando vencer, poco a poco, ante todas las actitudes que Bárbara empleara para recuperarlo.)

JASON. — ¡Y tus ojos!... ¡Tus ojos!...

BARBARA. — (Dulce) ¡Que no se cansan de mirarte!

JASON. — (Seducido.) ¡Qué de cosas me dicen tus ojos!... (La mira a los ojos; hay una pausa; la abraza, pero un último impulso lo hace retroceder sin dejar de mirarla. Bárbara, ante el temor de perder terreno, se le acerca dispuesta a la recuperación total de su hombre.)

pelo en
Armen
parado

ahumada h 10
sm y

fragma
mo

BARBARA. — ¡Mis ojos!... ¡Los de antes!... (Su mirada parece ejercer un poder hipnótico sobre él.)

JASON. — (Debatiéndose, seducido.) ¿Por dónde me llevan que no tengo fuerzas para resistir?...

BARBARA. — (Transición) Ricordá... vos y io como pegados pa siempre... (Están uno frente al otro, como pegados verdaderamente, mirándose a los ojos)

JASON. — Tu cuerpo se apretaba contra el mío...

BARBARA. — (Sintiendo la proximidad del cuerpo de Jason) Así...

JASON. — Sediento... como una tierra seca...

BARBARA. — Así... (Más estrecha a él.)

JASON. — (Igual) Bajo un cielo cargado de estrellas...

BARBARA. — (Debiendo sus palabras.) Como ahora...

JASON. — (Influenciado por todo) ¡La noche y la pampa!

BARBARA. — (Susurrando.) Esta noche y esta pampa...

JASON. — Iguales...

BARBARA. — Y nojotros... Jason... nojotros...

JASON. — Como anudados...

BARBARA. — (Transición luego de una pausa) Allí me hiciste tu primer hijo...

JASON. — Como nacido de las sombras y del fuego...

BARBARA. — Esta misma luna lo vió...

JASON. — También ahora nos mira...

BARBARA. — Y io lo sentí abrirse en mi vientre como una flor granota, que me robaba la vida... (Apasionada.) ¡Y te mordí la boca!...

(Se la ofrece.)

JASON. — (Tambaleándose ante el deseo.) ¡Tu boca!... ¡Agría y dulce! Amarga y blanda... tu boca... (En un susurro.) tu boca... (Venido y con frenesí, abraza a Bárbara, fundiéndose ambos en un beso que es pasión, locura, desesperación. La escena dura un segundo, el segundo de la claudicación de Jason; luego, como si todo su egotismo pudiera más que él y no sin dificultad, trata de apartarla de sí bruscamente.)

JASON. — (Apartándola con fuerza.) Apartate... apartate...

BARBARA. — (Con leve resistencia.) Me lastimás...

JASON. — (Arrojándola lejos de sí con un empujón.) No quiero, ¿me entendés?... No quiero nada que me vuelva a atar a vos... Tu piel es endiablada... (Está jadeante.) por un momento pudo más que mi razón...

BARBARA. — (Desde el suelo, donde ha caído.) No sigás hablando, Jason... no sigás...

JASON. — (Casi despiadado.) Tenés todos los poderes de la seducción para maniatar al hombre... (Abiertamente despiadado) ¿Qué querías de mí?... ¿Un minuto?... ¿Un segundo de abandono?...

BARBARA. — (Debatiéndose.) No... no...

JASON. — (Siguiendo su juego.) ¿Toda la vida? ¿Toda mi vida, sacrificada a vos?... ¿Toda mi vida sin horizonte ni futuro?... Sí... tu cuerpo es caliente... ¡pero ya nada podrá en mí... nada!...

BARBARA. — (Igual) No sigás... no sigás...

JASON. — No habrá una gota de tu sangre que me haga cometer una sola locura más...

BARBARA. — (Dolida) Y ésta, Jason... ésta... ¡Te destruí!... ¡Me destruí!

JASON. — Entendeme bien, india... No he venido a buscar que me enredés otra vez... con tus hechizos de mujer... Vine para que eso que nos unió un día no termine en el aire... dejándonos un mal gusto a vos y a mí...

BARBARA. — Con palabras queris arreglar tuito...

JASON. — Son mis razones... no las escuchés si no lo querés... pero de nada te servirá el tratar de despertar mis descos por más hembra que seas...

BARBARA. — Conmigo viviste juerte y hombre...

JASON. — Fueron diez años viviendo a lo indio... diez años entre gente que en el fondo me odiaba...

BARBARA. — Te obedecían...

JASON. — Me toleraban por vos...

BARBARA. — Naide te hubiera hecho mal...

JASON. — ¿Lo sé yo, acaso? Pero ése no era mi destino... yo no podía terminar mis días perdido en una toldería, en mitad del desierto gobernando a aquellos contra los que luché... Era preciso regresar...

BARBARA. — ¡Juir!... Dejarlo tuito... y io con vos...

JASON. — No te lo impuse...

BARBARA. — Te di pueblo y poder sin importarme nada de toda la sangre que quedaba atrás... y de la traición... ¡La traición!... ¿Sabís lo que es eso?...

JASON. — Todos los hombres la conocen...

BARBARA. — (Amarga.) Ahura pienso que sí... (Lo mira intensamente) Te amaba...

JASON. — Nos amábamos...

BARBARA. — (Igual.) Entuavía te amo...

JASON. — (En advertencia.) No vuelvas a tu juego...

BARBARA. — (Se vuelve frenética hacia él.) Te amo, Jason...

JASON. — (Tratando de evitar una nueva escena.) Hay cosas contra las que es inútil luchar...

BARBARA. — (Segura, rotunda.) Sí, el amor... (Transición.) Olvidate de tuito... (Yendo hacia él, frenética.) Olvidate de tuito... como io de tus palabras duras de antes... (Lo abraza en un súbito impulso; él permanece estático, seguro ya de sí.) Te amo, Jason... te amo... ¿No lo...

le impuse el feo.

ella lo acompaña

entonces

sentís? . . . Es más grande que el desierto... más que tuito. . . (Ha ido resbalando, siempre abrazada al cuerpo de Jason, hasta quedar de rodillas, siempre abrazada a sus piernas.) Tenís que sentirlo, es más grande que io este amor. . .

JASON. — (Seguro, triunfante.) Por segunda vez te humillás inútilmente. . .

BARBARA. — (Tratando de cubrir con su voz las palabras de Jason para no oírlo.) Más grande que el desierto. . .

JASON. — ¿Dónde está tu orgullo de india? . . .

BARBARA. — (Más alto) Mucho más no cabría en el corazón de tuitas las mujeres. . . y sin embargo está en el mío. . .

JASON. — La suerte está echada para los dos. . .

BARBARA. — Juyamos, Jason. . . Juyamos vos y io como antes. Tu fuerza con la mía. fuertes, invencibles. . . Juyamos aunque la misma muerte nos espere en mitad del desierto. . .

JASON. — (Logra desprenderse. Ella queda de rodillas, vencida, en el suelo.) Estás delirando, india. . .

BARBARA. — (Como en una letanía) Juyamos. Jason. juyamos. . .

JASON. — (Recuperando fuerzas, seguro) No encontrarás nada que pueda detenerme. . .

BARBARA. — Juyamos, Jason. juyamos. . .

JASON. — No tratés de inspirarme piedad. . .

BARBARA. — Juyamos, Jason. . . al desierto. . . al desierto. . . al desierto. . .

JASON. — Perdernos en el desierto, en la pampa. . . ¿para qué? . . .

BARBARA. — Pa amarnos. . . o pa que los caranchos nos devoren. . .

JASON. — Huir como cobardes. . . y morir como cobardes. . .

BARBARA. — Ia una vez lo hicimos. . .

JASON. — Aquello fue heroico. . . vagamos por el desierto, con sus peligros de sangre y de indios y de pumas. . . Nadie podrá negar que el capitán Ahumada fue valiente. . . su nombre estará escrito para siempre en la historia del desierto. . . ¿Cómo podés pedirme vos que olvide todo para regresar a la nada? . . .

BARBARA. — (Después de una pausa, mirándolo intensamente.) Cómo puede un hombre cambiar tanto en tan poco tiempo. . . porque ayer nomás te juiste de mi lado y así no eras. . .

JASON. — Quizás no me veías. . .

BARBARA. — ¡Cierto. . . no te conocía! ¡Es posible haber dormido tantos años con un hombre sin conocerlo al fin! . . .

JASON. — ¡Eramos muy jóvenes! . . .

BARBARA. — (Extrañada) ¿Qué miraba io cuando miraba tus ojos? . . .

JASON. — Los ojos de un hombre. . .

BARBARA. — ¿Qué tocaba io cuando acariciaba tu cuerpo? . . .

JASON. — Nada más que a un hombre. . .

BARBARA. — A una mentira. . .

JASON. — No hay diferencia entre hombre y hombre. . .

BARBARA. — Sí la hay. . . vos no sos vos. . . ¿estás tan lejos! . . .

JASON. — Oíme bien, Bárbara. todo está concluido. . . Ni tus reproches, ni tus súplicas podrán hacer cambiar la situación a que hemos llegado. . . Tus razones podrán ser valederas, no lo dudo, pero las mías también. . .

BARBARA. — Tu egoísmo. . .

JASON. — (Definitivo) ¡Lo que quieras! . . . (Hay una pausa. Bárbara queda desconcertada; luego, como masticando las palabras, dice)

BARBARA. — ¿Dende cuándo comenzaste a querecla?

JASON. — (Eludiendo la pregunta) ¡No sé! . . .

BARBARA. — ¿Dende cuándo? . . .

JASON. — No busqué una confidencia absurda. . .

BARBARA. — ¡Tuito es absurdo! . . .

JASON. — Ahora serás libre. . .

BARBARA. — (Lo mira; luego, con una sonrisa amarga) ¿Libre? . . . ¿Qu'es la libertad sin vos? ¡No sabría vivir libre sin tu presencia! . . .

JASON. — Tendrás que saber. . .

BARBARA. — La libertad es una carga muy grande. . .

JASON. — Te acostumbrarás a ella. . . a todo se acostumbran los seres humanos. . .

BARBARA. — (Transida) ¿Sin vos? . . .

JASON. — Pensarás en el capitán Ahumada de antes. . .

BARBARA. — Pensaré en el capitán Ahumada de ahora. . . en el que me castigó. . . en el que vivirá con una mujer que io mesma arranqué de la muerte y a los indios. . .

JASON. — Fue una gran obra tuya. . . un rasgo de generosidad. . .

BARBARA. — (Casi en un alarido) ¡Por qué no habré dejado que tuitos los indios pasaran sobre ella! . . .

JASON. — ¿Hubieras sido feliz? . . .

BARBARA. — (Rotunda.) ¡Acaso podré serlo ahora! . . . (Transición; luego dice obsesionada.) ¡Se amaban y io no lo sabía! . . .

JASON. — Vos, en una oportunidad, hiciste todo por conseguir lo que querías. . . No, me podés reprochar ahora el que yo haga todo por conseguir lo mío. . . .

BARBARA. — ¡Qué lejos estamos el uno del otro, habiendo estado tan cerca! . . . (Se aleja lenta, dándole la espalda. El queda un momento desconcertado.)

JASON. — (Después de un corto silencio.) Bárbara. . .

BARBARA. — (Sin volverse.) ¿Entuavía no te has ido? . . .

JASON. — Quiero que sepás, a qué negarlo. . . que vos, india, fuiste

ese gran amor que el hombre espera... Si, es verdad, hay alguien ahora que me lleva a una situación, digamos... razonable... legal... desde el punto de vista de la sociedad... Es un alguien que me arranca de tu lado... Vos sabés tanto como yo que el hombre es débil ante la carne... y esa debilidad lo hace ingrato... Reconozco mi parte de ingratitud y mi mucha debilidad... pero, qué querés, no me siento distinto al resto de los hombres... Sin embargo, nunca dejaré de decir que vos fuiste lo que fuiste... un verdadero huracán, huracán que llenaba mis posibilidades y que todo lo devoraba... Pensé, al principio, sólo valerme de vos para mis planes... pero tu presencia de mujer, de hembra, pudo más que todo... y... te encadené a mi destino... fundida casi en mí, hasta que por un momento creí que llegarías a ser parte de mi alma... Todo eso es verdad y no lo niego... pero te pido que comprendas... Es necesario que yo siga siendo el capitán Jasón Ahumada, dueño de una historia que se confunde casi con la leyenda... Capitán de la conquista del desierto... reductor de indios... héroe de una empresa, como la de haber vencido al cacique Coliquico... Si, lo sé, era tu padre... Eso, que es sin duda un desastre para vos, es una gloria para mí... Pero qué querés... siempre se construyen los propios laureles a costa de los dolores ajenos... Esta vez te tocó a vos; no te pido perdón, porque no soy hombre para eso... Sólo te pido que me comprendas, así las cosas serán mucho más fáciles... Acabemos este asunto y dejémoslo en el recuerdo... No te miento al decirte que hubiera querido que todo se solucionara de otra manera... y en ese sentido hice hasta lo imposible; los resultados de toda esa inquietud mía fueron demasiado pobres... Nadie puede creer en tu mansedumbre... en tu resignación... Te saben bravia e indomable... Yo te sé capaz de una revancha... pero eso en lo que respecta a mí no importa... Yo pronto estaré lejos, ante nuevos horizontes y contra mí nada podrás hacer... Los que quedan en esta frontera son los que te tienen miedo... un miedo agigantado por tu misterio y tu historia... Ellos exigen... algunos llegaron, como toda gentuza sublevada, a pedir tu cabeza... Yo logré convencerlos y conformarlos sólo con tu expulsión...

BARBARA. — *(Baja, sorda, sin mirarlo, como hablando consigo misma.)* Qué me importa a mí lo que ellos quieran...

JASON. — Ellos exigen...

BARBARA. — *(Sin oírlo, mirándolo a los ojos.)* Tuitos me atacan... pero sólo vos conocís... cómo reacciona esta india... cuando le golpian la cara...

JASON. — Sólo he podido conseguir del coronel Ordóñez un día más de plazo para tu partida... Ahora pienso que cuanto antes te vayas será mejor... tu agonía no se prolongaría... Antes del segundo amanecer te irás... tal vez puedas volver a los tuyos... No sé hasta qué punto sería eso aceptable... o sería mejor que llegaras hasta una tribu amiga o que lo-

gravas hacer rancho aparte, río arriba, allá donde el río comienza, así tendrías caza y pesca... La vieja te acompañará... yo haré que te traigan provisiones... nada te faltará para el camino; cuando quieras volver a pensar en esto, será sólo un recuerdo... y el tiempo, que todo lo cicatriza, lo irá desvaneciendo como a todos los dolores...

BARBARA. — *(Que ha estado de espaldas escuchando el monólogo, como vencida se vuelve fiera.)* ¡Basta... basta!... Como hembra sin macho me parecés por tus blanduras... ¡No, Jasón, no!... Te prefiero inhumano a rastrero... Te estás cayendo, Jasón, muy bajo... muy bajo... No son esas las palabras que esperaba de vos...

JASON. — *(Hosco)* Las únicas palabras sanas y necesarias a tu ansiedad, son las de reconciliación... y esas no son posibles... hay algo, que hace tiempo nos ha empezado a separar...

BARBARA. — ¡Siempre una frontera que crece y crece sin poderla detener!... La frontera que separa la tierra, los sentimientos... los corazones... (Transición, lírica.) No pensaste nunca, Jasón, en lo lindo que sería si ella no existiera.

JASON. — Cada pueblo tiene sus derechos y sus obligaciones... los hombres son lo mismo...

BARBARA. — *(Como una reflexión amarga)* El derecho de los que pueden es castigar a los que no pueden... ¡Vaya!...

JASON. — El fuerte tiene más derecho que el débil y también más obligaciones...

BARBARA. — *(Con intención misteriosa)* Y io soy juerte, Jasón, y vos lo sabís...

JASON. — *(Igual.)* Yo no te temo... *(Por un momento se miran los dos, desafiantes.)* No me vuelvas a obligar a decir cosas que no quiero... Hemos hablado mucho... tal vez más de lo necesario... y hemos sido crueles con nosotros mismos... No hubiera querido que mis últimas palabras aquí hubieran sido esas...

BARBARA. — *(Contenida)* Si está dicho tuito, andate nomás... Este ia no es tu rancho, ni io tu mujer...

JASON. — *(Cortando, seguro.)* Pero mis hijos si continúan siendo míos...

BARBARA. — Andate, Jasón... andate... qu'ellos no te oigan decir esas palabras de mentiras que hasta ahora dijiste...

JASON. — *(Encaminándose hacia el rancho.)* Quiero verlos...

BARBARA. — *(Interponiéndose.)* Duermen...

JASON. — Se despertarán para mí...

BARBARA. — *(Tensa.)* Les espera un largo camino, será mejor que sigan durmiendo...

JASON. — *(Insistiendo.)* Quiero verlos antes de regresar al fortín...

BARBARA. — *(Rotunda.)* No.

JASON. — ¿Tengo que recordarte que son mis hijos?...

e' bco blawre

caída del nariz

larg

paternidad 4

BARBARA. — ¡Míos solamente!... ¿Me entendés?... Se avergonzarían de un padre como vos...

JASON. — India... no hagás que pierda la paciencia... apartate y dejame ver a los cachorros...

BARBARA. — (Más segura, desafiante.) ¡No!

JASON. — (Conteniéndose) ¡India!... No sublevés mi sangre que está cansada...

BARBARA. — No quiero oírte, Jason... no quiero

JASON. — (Contenido) Ellos son mis hijos, y yo tengo mis derechos sobre ellos

BARBARA. — ¡No más que los míos!

JASON. — (Altanero.) ¿Es un desafío?

BARBARA. — (Continuando sin oírlo) Aquí no hay fronteras... ni leyes... existe la sangre solamente

JASON. — Tu sangre india y mi sangre cristiana... un torrente que es necesario encauzar

BARBARA. — (Señalándose el vientre) Esta jué su cuna... me pertenecen... (Continúa sin importarle nada) Vos tendrás tus derechos sobre tuito... sobre la tierra... sobre mi cuerpo... y hasta sobre mi honor... pero sobre ellos... ¡no!

JASON. — (Fiero.) ¿Quién me los niega?

BARBARA. — ¡Io... los perdiste al traicionarme a mi, que jui tierra sana pa que ellos nacieran

JASON. — Te advierto, india, que vas por mal camino...

BARBARA. — Por el que vos me pusiste...

JASON. — No pensés en medir tus derechos y los míos... porque te aseguro que llevarías las de perder... Esos que duermen allí dentro son hijos míos.

BARBARA. — (Sin control.) Sólo io puedo asegurarlo

JASON. — (Contundente.) ¡Me consta!... (Luego de una sonrisa sarcástica) Una mujer como vos no se entrega a un hombre por menos de un hijo... Si vos lo sentiste crecer dentro tuyo... yo lo sentí desprenderse desde el fondo de mi propia alma... y porque los sé míos... voy a velar por ellos

BARBARA. — (Irónica) ¿Vos?...

JASON. — (Altanero.) Si... yo...

BARBARA. — (Conteniéndose con miedo de adivinar.) ¿Qué otra cosa estás pensando?... (Luego de una pausa dice segura, contundente.) Cualquiera cosa que sea te la quitás del entendimiento...

JASON. — Dejaría de ser hombre si los abandonara...

BARBARA. — ¡a no lo sos!

JASON. — (Jadeante, conteniéndose.) Estás herida, india... te comprendo... y por comprenderte tolo tus desplantes... pero sabé que

pese a tu dolor y rebeldía ellos... me pertenecen tanto como a vos... (Hace un nuevo ademán de ir hacia el rancho. Bárbara, fiera, como un animal acorralado, toma un cuchillo de la mesa y se lo tiende con ademán imperativo)

BARBARA. — Tomá... hundilo en mi pecho... (Le ofrece el pecho) hasta el fondo... Rivolvé en la herida hasta que la sangre se calme y después haré lo que querás... ¡Matame... matame! (Pausa. Situación. Los dos se miran a los ojos, centelleantes, como queriendo derribarse el uno al otro. Bárbara sigue con el cuchillo tendido hacia Jason. Este no reacciona) ¡Cobarde!... (Le arroja el cuchillo a los pies) ¡Cobarde!... ¡Cobarde!... Ni pa dar el golpe e gracia ia servís... Andate... andate... andate ia mesmo...

JASON. — Bárbara

BARBARA. — (Gritando) ¡Andate... andate!... (La vieja ha aparecido por detrás del rancho, ya casi al final de la escena)

JASON. — (Con ademán de acercarse a Bárbara) Bárbara... es necesario...

VIEJA. — (Fuerte, cortándole la frase) Jucra... ¿no lo ha oído? Jucra... jucra... (Hay una pausa, los tres personajes están como en suspenso. Bárbara de espaldas a Jason. Este con la mirada clavada en Bárbara. La vieja, entre ambos, dispuesta a intervenir)

JASON. — Está bien... No era esto lo que yo quería... No sé si volveré a verte, pero te advierto que...

BARBARA. — (Tratando de no oírlo) Basta... basta.

VIEJA. — (Blandiendo su palo) Jucra... jucra

JASON. — (Hace un ademán de impotencia) Vos lo has querido... (Hace mutis. La vieja lo sigue hasta la salida sin retirarse de la escena)

VIEJA. — Jucra... raza e malditos... que tuito lo ensucian... hasta el corazón...

(Bárbara ha quedado frente al público; poco a poco se va desmoronando hasta caer de rodillas, entonces comienza a llorar con un llanto convulso y amargo mientras cae el telón.)

J
no tiene
niños si
los hijos

ACTO SEGUNDO

Atardecer del día siguiente. Expira con él el último plazo que el coronel Ordóñez diera a Bárbara para retirarse del lugar. Al levantarse el telón, Bárbara está arrodillada en el centro de la escena, frente al público, con la mirada lejana, como si su posición no hubiera variado desde el final del acto anterior. Dentro del rancho se oye la voz de la vieja entonando, a boca cerrada, una canción india de la misma manera que en el acto anterior lo hiciera Huinca. Las luces del atardecer se van raleando más y más. Luego de un momento de levantado el telón, surge por la izquierda y envuelto en las brumas del atardecer y con su traje típico Anambá; su melena de guedejas renegridas y despeinadas enmarca su cara de águila; es un indio joven de la misma edad de Bárbara, lleva sus armas de guerra y caza. Se detiene al ver a Bárbara, quien un primer momento no advierte su presencia, pero luego, llevada por su intuición, vuelve la cabeza hacia el recién llegado; sus ojos se clavan en él por un momento, se miran buscándose en sus recuerdos. La escena será jugada en un lenguaje distinto al resto de la pieza y los personajes que en ella intervienen usarán un tono también distinto. Es como si en verdad estos tres personajes indios, Bárbara, la vieja y Anambá, hablaran en su idioma madre. Olvidados de la jerga que el continuo contacto con cristianos les obliga a hablar.

ANAMBA. — (Luego de una pausa) Esperé a que el sol cayera para llegar hasta aquí.

BARBARA. — (Indecisa) ¡Esa voz está en mi recuerdo!

ANAMBA. — A los amigos siempre se los recuerda por buenos o por malos.

BARBARA. — (Descubriéndolo segura) ¡Anambá!

ANAMBA. — Sí, Anambá, el que un día quiso cubrir tu cuerpo con su cuerpo y hacer sentir dentro de tu sangre la vida india. (Hace un saludo.) Yo te saludo, última descendiente del cacique Coliqueo, poderosa sabedora de los secretos del fuego y de la tierra... ¡Nada tiene mejor gusto para el hombre que hablar con los que ama... (Anambá se acerca a Bárbara y se arrodilla frente a ella. Quedan así arrodillados frente a frente.)

BARBARA. — ¿Qué te trae hasta mi retiro?

ANAMBA. — He vagado por el desierto durante cuatro lunas...

BARBARA. — ¿No te orientaban las estrellas para regresar a tu tribu?

ANAMBA. — Debí perderme en el desierto... así lo dijo el hechicero...

BARBARA. — ¿Por qué dispuso eso el sabio hechicero?...

ANAMBA. — Para que mi simiente sea fecunda y pueda tener hijos...

BARBARA. — ¿Aún no los has tenido?...

ANAMBA. — No...

BARBARA. — Gran dolor para una mujer no tener hijos.

ANAMBA. — Y también lo es para un hombre. (Transición.) Cuando nada quisiste saber de mí... ni de mi cuerpo, ni de mi sangre, tomé una primera esposa... De ella no nació vida alguna y la repudié... Tomé entonces una segunda esposa... La boda se celebró en noche de luna llena para que la madre de todas las sombras nos diera su protección... Siempre es bueno tener un dios que nos proteja y a quien honrar... El hombre sin dios y sin creencia, es como una hoja seca que la castiga el viento. Dios

BARBARA. — Tienes, entonces, nueva mujer... y la luna te protege...

ANAMBA. — Mi nueva mujer aún espera mi cuerpo para ser madre.

BARBARA. — ¿Cómo es eso?

ANAMBA. — Antes de poseerla consulté al hechicero... y él me dijo que para lograr mi fin, ya que el deber del hombre es hacer hijos, tendría que vagar durante cuatro lunas por el desierto, dormir desnudo sobre la tierra húmeda dejando que el rocío penetre hasta mi sangre, mojando mis rincones con agua de lluvia, si las nubes se abrían para mí...

BARBARA. — ¿Y se abrieron?...

ANAMBA. — Durante la segunda luna.

BARBARA. — ¡Todo te favoreció!...

ANAMBA. — Aún falta algo más...

BARBARA. — ¿Qué cosa?...

ANAMBA. — Luego de las cuatro lunas de vagar por el desierto... debía encontrar a un cristiano... hombre o mujer... eso no importa.

BARBARA. — ¿Y después?...

ANAMBA. — ¡Matarlo con mis manos!... Buscarle el corazón en mitad del pecho y con su sangre caliente todavía lavar mi razón de ser y mi bajo vientre para agrandar mi fuerza... Sangre

BARBARA. — (Interesada) ¿Y después?...

ANAMBA. — Regresar... Ya todo cumplido, podré prolongar mi vida en otras vidas...

BARBARA. — Sabio remedio te dio el hechicero...

ANAMBA. — Así lo creo...

BARBARA. — Y... ¿has realizado ya la ceremonia?...

ANAMBA. — Aún no... (Mostrándole un cuchillo que saca de sus ropas.) Usaré este cuchillo con mango de hueso de puma, donde el hechicero grabó los signos que me serán propicios...

BARBARA. — (Luego de una pausa) ¿Puedo ayudarte en algo?...

ANAMBA. — A eso he venido...

BARBARA. — Los amigos están para ayudarse . . .

ANAMBA. — Sé de tu poder y de tu visión . . . y sé tu relación con gente cristiana . . . Deberás decirme dónde encontraré un hombre blanco para ayudar a mi suerte . . .

BARBARA. — Cerca están el fortín y la posta . . . allí hay hombres y mujeres . . .

ANAMBA. — ¿Cómo encontraré uno frente a frente? . . .

BARBARA. — Te esconderás en el pajonal . . . por allí pasan las mujeres a lavar sus trapos en la laguna . . . y si no, es fácil rondar la posta sin ser visto . . . allí encontrarás tu remedio . . . *(Continúa profética, como si dijera una verdad irrefutable)* Y yo agrego a lo dicho por el brujo de tu tribu . . . deberás elegir un cuerpo joven . . . si es de mujer y será mejor . . . la sangre de la mujer llama al hijo . . . Allí debes buscar tu solución . . .

ANAMBA. — La encontraré para mi bien *(Transición)* ¿No creció a tu lado una cristiana? . . .

BARBARA. — Nada la ata a mí . . . rompió todos los lazos . . . ni el soplo de un hilo la mantiene unida a mi corazón . . .

ANAMBA. — ¿Abandonó tu protección para huir con algún hombre? . . .

BARBARA. — El que la rescató de mi cuidado es su padre . . . Al fortín la llevó antes del amanecer de este día que hoy termina . . .

ANAMBA. — ¿Si fuera ella la elegida por la casualidad para mi obra? . . .

BARBARA. — *(Cortando.)* Si es ella la destinada, búscale el corazón bien profundo, porque no es difícil que carezca de él . . .

ANAMBA. — Seguiré tus consejos, porque te sé tan sabia como el más sabio de los hechiceros . . .

BARBARA. — Deseo que seas feliz y que consigas lo que persigues . . . *(En ese momento sale del rancho la vieja; mira intensamente a Anamba, reconociéndolo al fin)*

VIEJA. — *(Emocionada.)* Tu voz me llegó en el viejo idioma de mi niñez y te conocí . . . Trajiste a mi memoria días felices . . .

ANAMBA. — *(La mira asombrado)* ¿Es posible que aún los años no hayan podido con tu cuerpo? . . .

VIEJA. — Los arrastro como a mis recuerdos . . .

ANAMBA. — Bien sea encontrar caras amigas aunque sean viejas . . .

VIEJA. — Bien sea el encontrar una cara india en el exilio . . .

ANAMBA. — Vine por un consejo . . .

VIEJA. — Ella es muy sabia para darlos . . .

ANAMBA. — Los tengo bien en cuenta . . . *(Se vuelve a Bárbara.)* Vuelvo a agradecerte el bien que tus palabras van a hacerme . . . espero encontrar mi presa . . .

BARBARA. — También yo . . .

ANAMBA. — *(Luego de una pausa)* Hasta ahora no advertí tu semi-

blante, pero está consumido, igual que tu cuerpo . . . Tus ojos parecen nublados por un gran dolor . . .

VIEJA. — Has acertado . . .

ANAMBA. — ¿Puedo saber el porqué? . . .

VIEJA. — Ella te lo dirá . . . que los dolores sólo el que los sufre los conoce de verdad . . .

ANAMBA. — *(A Bárbara)* Te escucho, pues . . .

BARBARA. — Y yo me confieso porque te sé mi amigo . . . *(Transición, luego de una pausa)* Mi esposo, por el que todo lo di, por el que todo lo hice . . . es el más perverso de los hombres . . . El me ha cubierto de oprobio sin que yo nada le hubiera hecho . . . sólo amarlo y darle dos hijos . . .

ANAMBA. — ¿En qué consiste su falta? . . .

BARBARA. — Me repudia para tomar esposa cristiana . . . *(La vieja está detenida en mitad de la escena siguiendo la situación.)*

ANAMBA. — Respeto tu dolor . . .

BARBARA. — Yo ya no puedo con él . . .

ANAMBA. — Y adivino quién lo causa . . . ¡la ingratitud es un mal común! . . .

VIEJA. — *(Interviniendo)* Además nos echan de este lugar . . .

ANAMBA. — ¿Quién? . . .

VIEJA. — El comandante del fortín . . .

BARBARA. — *(Continuando.)* Padre de la que fue mi desgracia . . .

ANAMBA. — *(Poniéndose de pie)* No es buen hombre tu hombre para aceptar tal solución . . .

BARBARA. — *(De rodillas a los pies de Anamba, creyendo en su súplica)* ¡Ah . . . te veo humano! . . . con un corazón de noble fondo . . . Yo, última descendiente del gran guerrero Coliqueo . . . yo, sabedora de todos los secretos para hacer el bien y el mal . . . yo te hago una súplica . . . Mi hombre me humilla . . . me ultraja . . . abandona mi cuerpo aún caliente por el suyo . . . y desposa a una cristiana . . .

ANAMBA. — No estés arrodillada . . . yo te amé un día . . . no puedo ahora verte suplicando a mis pies . . .

BARBARA. — *(Continuando.)* Por los hijos que ahora tendrás, vuelve tus ojos hasta los míos que allí detrás de esa pared duermen un sueño puro . . . Imploro tu ayuda, compadécete de esta desventurada, hazme un lugar en tu toldería . . . donde pueda vivir y morir ocultando mi dolor y mi vergüenza . . . donde mis hijos crezcan indios y nobles . . .

ANAMBA. — Levanta tu cuerpo . . .

BARBARA. — *(Levantándose)* No dilates tu respuesta . . .

ANAMBA. — *(Eludiéndola)* Hay muchas lunas de aquí a mi toldería . . .

BARBARA. — La necesidad acorta las distancias . . .

ANAMBA. — Aún debo concluir mi misión . . .

BARBARA. — Ya te di el remedio . . .

pide
arriba

VIEJA. — Si lo sigues hallarás tu fin...
ANAMBA. — Deberé luego de cumplido, huir apresurado... si no quiero que los del Fortín me den alcance...
BARBARA. — Yo pondría alas a nuestros pies.
VIEJA. — Y ella todo lo puede...
ANAMBA. — Una mujer es cosa difícil de llevar en una huida...
BARBARA. — Ya una vez alcé el vuelo...
VIEJA. — Y fuimos muchos con ella...
ANAMBA. — (A Bárbara.) ¡Entonces eras fuerte!...
BARBARA. — (Variando en su insistencia) ¡Llévate por lo menos a mis hijos!... ¡Ellos crecerán fuertes y serán buenos guerreros! Y allí estarán a salvo de todo y de todos...
ANAMBA. — Mi tribu está lejos y aún es inalcanzable para los soldados...
BARBARA. — Mis hijos llegarán contigo...
ANAMBA. — Son hijos de cristianos... los buscarán hasta en el centro de la tierra...
BARBARA. — Son hijos de india...
ANAMBA. — Cualquier pretexto es válido para que ellos nos persigan... para desatar su fuerza sobre nuestra tranquilidad... y yo sólo apetezco esto... la tranquilidad de mi tribu, de mi río y de mi lanza...
BARBARA. — ¡Mis hijos por lo menos deben salvarse!...
ANAMBA. — Con ellos en mi tribu, ni ellos ni los míos estarían a salvo...
BARBARA. — (Agotada. Lo mira con toda la tristeza del mundo.) Puedes seguir tu camino, Anambá...
ANAMBA. — (Viendo la posibilidad de largarse) ¡Debo aún concluir con lo mío!...
VIEJA. — Los dolores ajenos no llegan hasta tu felicidad...
ANAMBA. — Cada uno debe buscar su propia felicidad sin ocuparse de la ajena...
VIEJA. — Tendrás una conciencia que también te reproche por eso...
ANAMBA. — ¿Cómo es posible que tus muchos años no te dejen ver lo que conviene a cada ser humano?...
BARBARA. — Tu egoísmo jamás vería nuestra conveniencia...
ANAMBA. — Son sanas tus palabras... porque la conveniencia tuya jamás será la mía...
BARBARA. — No te demorés más, que tu misión te espera...
ANAMBA. — (Disponiéndose a salir.) Esa misión me espera para tu bien y para el mío... Sólo puedo prometerle, para mitigar tu dolor... que buscaré a esa mujer... ¡sólo a esa!... La buscaré frente a todos los peligros... Penetraré su pecho con mi puñal indio... hasta encontrar su corazón que tanto mal te ha causado... Lo arrancaré sin temor... sin

que la mano me tiemble... y cumpliré mi cometido... siguiendo las palabras del hechicero y tu consejo... La tibieza de esa sangre me llenará de vida... ¡Mi simiente será fecunda y tu corazón vivirá tranquilo... Cuando oigas en mitad de la noche un grito prolongado... como de animal herido... sabrás que mi misión y mi promesa... estarán cumplidas... Y yo te aseguro que esta noche será la noche de mi remedio y tu venganza... Pagaré el favor de tu consejo... con el favor de mi cuchillo... ¡que los dioses te sean propicios!...

BARBARA. — Que nunca pierdas tu sabiduría y tu prudencia...
ANAMBA. — El hombre prudente siempre vivirá feliz...
BARBARA. — El hombre feliz... no siempre es prudente... ¡Que la suerte te acompañe!

ANAMBA. — Que así sea... (Anambá sale. Las dos mujeres siguen su salida con una profunda tristeza en todo el cuerpo)

BARBARA. — (Luego de una pausa) ¡Solos... definitivamente solas!...
VIEJA. — Ya suplicaste bastante... no hay hombre que merezca tu súplica...
BARBARA. — (Dolida.) No hay hombre que tenga el corazón blando y tibio para responder a mi queja...
VIEJA. — ¡Hasta los nuestros parecen haberse vuelto como de piedra!...
BARBARA. — (Lejana) ¡Ay, dolor!...
VIEJA. — Se hacen sordos a tus palabras... Te oigo quejar en nuestra lengua india... y quisiera llorar a gritos para cubrir con mi dolor tu dolor...
BARBARA. — (Desde su dolor) Yo era como un grito dormido en mitad de la pampa...
VIEJA. — Eras la tierra misma...
BARBARA. — (Subiendo) Yo era como el silencio... de mis noches indias...
VIEJA. — Como la noche misma...
BARBARA. — Yo era tranquila como un remanso...
VIEJA. — (Lejana) Como un remanso...
BARBARA. — (Desesperada, debatiéndose.) ¿Por qué despertaron mi silencio... mi quietud... y mi soledad de entonces... por qué?...
VIEJA. — (Lejana.) ¡El amor!
BARBARA. — ¿Por qué este abandono?... ¿Esta soledad de ahora?... Negra... retorcida... llena de espinas...
VIEJA. — ¡La ingratitud!...
BARBARA. — (Como una autómatas.) ¡Ay, vida!... ¡Ay, sombras!... ¡Ay, dolor!... ¿Qué sangre llevan mis venas que más que darme la vida parecen quitármela?... ¡Qué ansiedad... qué agotamiento!... ¡Ay, vieja!... ¿Qué leche nutrió mi carne?... ¿Qué tierra me vio nacer?... ¿Qué manos trazaron mi camino?...

solitario

B
"na"

abandono

VIEJA. — Estás dolida...

BARBARA. — *(En un largo quejido)* ¡Tengo más dolor que el dolor mismo!

VIEJA. — ¡Cómo puede un hombre causar tanto sufrimiento!

BARBARA. — Lo llevaba en mí como a la vida misma...

VIEJA. — Y te envenenó la sangre...

BARBARA. — Lo llevaba como a un hijo prendido en mi vientre.

VIEJA. — Y te robó la vida...

BARBARA. — *(In crescendo)* ¡Lo amaba... lo amaba... lo amaba!...
Vieja ¿cómo no lo vio... en mis palabras... en mis silencios... en
mi piel... en mi aliento?... *(Ahogada)* ¿Por qué esta soledad tan gran-
de?... ¿Por qué este dolor tan inmenso?... Mi cuerpo no aguanta más
y yo quisiera gritar... gritar... para que la noche y la pampa y la luna
misma sepan de mi dolor... *(Desalentada)* He llamado a todas las puer-
tas... he suplicado... he aullado... he gritado... y nadie me respon-
dió *(Gritando Hacia la noche)* ¡Noche, devuélveme mi dolor de
amor... yo no quiero este dolor de engaño!... *(Buscando a su alrede-
dor)* ¿Dónde... dónde está esa frontera... que me cerca hasta ahogar-
me?... ¿Con qué uñas... con qué brazos... con qué puños... tendré
que derribarla para acortar mi angustia?...

VIEJA. — No sufras más, india.

BARBARA. — *(En un grito prolongado, como buscando en la noche)*
¡Anambá... te hablo en tu idioma indio!

VIEJA. — No supliques...

BARBARA. — ¡Anambá!... *(Tremenda y trágica)* ¡Por tu amor y por
tus hijos... por tu raza y por tu sangre... por tu vida y por tu muer-
te... yo te exijo!... *(Patética)* ¡Encuentra a esa mujer... causa de mi
infortunio... causa de mi soledad... no dejes en sus venas ni una gota
de sangre... llénate las manos... déjala correr por tu vientre, que inun-
de la tierra toda... y que el suelo de esta pampa se la beba... yo lo
quiero!... *(Cae vencida)*

VIEJA. — *(Se le acerca)* India... india... cuentas cosas... no podrás
soportar tanto... tanto...

BARBARA. — *(Desde su agotamiento)* Estoy como gastada... como si
todas las fuerzas de mi cuerpo se hubiesen acabado...

VIEJA. — *(Dulce)* Hija mía...

BARBARA. — *(Vencida)* La tierra es buena... la tierra es dulce... Si
ella quisiera abrirme sus brazos para descansar... *(Está tendida casi so-
bre la tierra)*

VIEJA. — India... india...

BARBARA. — Quiero estar así...

VIEJA. — No hables de esa manera... ¿Qué puedo hacer yo para cal-

mar tu dolor? India... india... qué pobrecita me encuentro... Si fuera
quietud, silencio para dormir tus heridas...

BARBARA. — Quisiera poder dormir oyendo tu voz india... en nues-
tro idioma indio... ¡Qué dulce suena!...

VIEJA. — Quisiera tener todas las fuerzas de la tierra para ayudarte.

BARBARA. — Quisiera poder morir *(Trabajosamente toma fuerzas)* / *muelle*
Pero no puedo, no debo

VIEJA. — India... no es momento para flaquear, debemos partir...

BARBARA. — Estoy sola... sola con la misma soledad.

VIEJA. — No... no lo estás... Yo estoy a tu lado... y lo estaré hasta
el último suspiro de mi cuerpo

BARBARA. — ¡Sola!

VIEJA. — No... están tus hijos... india... tus hijos...

BARBARA. — *(Reaccionando)* Mis hijos... *(Tierna)* mis hijos...

VIEJA. — Allí están tus hijos... *(Señala el rancho)* Ellos son tuyos
de verdad, nadie te los podrá negar... Allí te esperan inocentes... los
pobrecitos no quieren dormirse si no les das un beso y les cuentas una
vieja historia india... Me abrumaban con sus preguntas e insistencias...

BARBARA. — Mis hijos...

VIEJA. — Ellos te esperan... pero no les muestres la cara de tu do-
lor... son demasiado tiernos...

BARBARA. — *(Yendo hacia el rancho)* Ellos son lo único que me que-
da, a ellos me aferraré como las raíces del árbol a la tierra... *(Barbara
entra al rancho. La vieja la ve alejarse. Luego, pesadamente, se va a sentar
en una osamenta. De pronto mira el cielo como sorprendida por algo ex-
traño. Se le transfigura el rostro en una mueca. A partir de ese momento
los personajes vuelven a tomar su anterior forma de hablar y su antiguo
estilo.)*

VIEJA. — *(Mirando el cielo con temor)* ¡Los caranchos... como si olie-
ran algo sucio!... ¡Mal presagio!... *(Hace ademán como si fuera a es-
pantarlos con su palo)* Juera... juera... estamos rodiados de caranchos...
*(Por la izquierda regresa Botijo. Nada se ha sabido de él desde su huida.
Regresa como agitado, como cansado por un largo deambular por el cam-
po)* Me has asustao, muchacho...

BOTIJO. — Soy como un alma en pena...

VIEJA. — ¡A te acostumbrarás a tuito... *(Pausa. Transición.)* ¿Ande
anduviste?...

BOTIJO. — Por ahí... por las vizcacheras y más allá del juncal de la
laguna... Caminé hasta que desapareció el rancho y el mismo mangrullo
el Fortín...

VIEJA. — Pucha que le metiste... *(Se hace un silencio. Cada uno guar-
da para sí sus propios pensamientos. Luego de una pausa y como empu-
jado por ellos, el Botijo reacciona conteniendo todo su desconcierto.)*

BOTIJO. — Es una injusticia...
VIEJA. — De juro...
BOTIJO. — Lo que me duele es estar atao... no poder hacer nada... ¡Ellos tuito lo pueden!... M'entran ganas de arremeter con mis puños y mis pies...
VIEJA. — ¿Y qué son tus puños y tus pies? ...
BOTIJO. — (Amargo.) ¡Nadal... (Pausa larga.) ¿Y la Bárbara? ...
VIEJA. — (En un gesto.) Con los cachorros...
BOTIJO. — ¡La tendríamos qu'estar lejos de aquí! ...
VIEJA. — El plazo se alargó... hasta el nuevo sol...
BOTIJO. — (Disponiéndose a la acción.) ¡La mesmo hay que partir sin demora...
VIEJA. — ¿Vos te vas con nojotros? ...
BOTIJO. — A qué dudarlo...
VIEJA. — (Encogiéndose de hombros.) ¡Io digo nomás... (Transición.) Podés ser una carga...
BOTIJO. — ¡Io no tengo otro lugar ande estar que junto a ustedes...
VIEJA. — Ellos se largarán como perros pa perseguirnos si vos te vas con nojotros...
BOTIJO. — Ellos no son naides pa imponerme su voluntad...
VIEJA. — (Encogiéndose de hombros.) Es tu padre... asigún dicen...
BOTIJO. — ¿Y a mí qué?... ¡Io no tengo otro padre qu'el desierto...
VIEJA. — (Como para sí, en un rezo.) ¡El desierto... el desierto! (Los dos se quedan estdticos, mirando hacia la noche que se abre delante de ellos, hacia el desierto. La pausa es cubierta por la voz de Bárbara que llega desde el rancho entonando una canción de cuna india. La situación se prolonga por unos segundos. Reaparece Bárbara. La vieja se acerca a ella.) Ta güeno... pucha que ia se a echao la noche... (Pausa. Mira a Bárbara que no contesta, que está como metida en sus pensamientos.) No podimos dimorarnos mucho... en un abrir y cerrar de ojos tendríamos el amanecer con nojotros...
BARBARA. — (Con un suspiro.) ¡Me cuesta arrancarl...
VIEJA. — Es justo... estabas aquerenciada... pero tenemos que dirnos... (A Bárbara, que está con la mirada perdida en el horizonte como esperando algo.) No esperís más... preparimos a los cachorros... alceamos los cuatro trapos que tenemos y comencemos a caminar...
BARBARA. — (Segura como confirmando un pensamiento.) ¡Sí... mis hijos crecerán lejos e tuito esto... sin blandural... Ni una gota e su sangre les recordará que son hijos e crestiano...
VIEJA. — Cierito, aquí el padre los criaría como a huincas...
BARBARA. — ¿El padre?... ¡La no lo tienen!... Sólo tienen mis brazos y mis ojos pa mirarse... Io les enseñaré tuito lo que el indio sabe...

y cuando llegue el momento, si se hace la ocasión... ¡golveré a luchar como liona pa divolverles su lugar en la tribul...

VIEJA. — Ellos son tuyos, bien tuyos... naides te los quitará...

BARBARA. — (La mira sin pensar en esa posibilidad.) ¡Que se atreva!

VIEJA. — Ta güeno... (Iniciando el mutis por atrás del rancho.) Voy a ricoger los cachartos... pa comenzar la marcha... (Mira el cielo.) La luna brilla como nunca, nos será güena... ¡es cara amiga!... (La vieja sale pesadamente, por atrás del rancho. Bárbara, lentamente, se deja caer en uno de los bancos que están junto a la mesa rústica. Botijo, que ha permanecido en un extremo como ignorado, con la cabeza baja, toma lentos movimientos y la sigue con la mirada.)

BOTIJO. — (Casi en un balbuceo.) ¡Bárbaral... (Bárbara lo mira sin conocerlo. Insiste.) Soy io... Botijo... (Bárbara deja de mirarlo y vuelve su cabeza hacia el frente. Botijo tiene un movimiento de indecisión, luego dice desde lejos, sin atreverse a mirar y acercándose a Bárbara.)

BOTIJO. — He caminao tuita la noche... y tuita la mañana... sin rumbo... Vide nacer el nuevo sol y apagarse a las estrellas... como si fueran pequeñas llamas suspendidas del firmamento y... y he rigresado, Bárbara... (Esta no contesta.) Io sé que te es fiero... el hablar conmigo... por ser hermano e Huinca... (Pausa.) Pero io no tengo la culpa... pa mí es como una extraña... (Pausa.) Io sé que sufrís y no puedo sentirte ansí... lastimada... y como desangrándote... Tampoco io hayo rispuesta pa muchas cosas... Compriendo mejor qu'en el cielo las estrellas no se toquen... qu'en el campo crezcan las semillas... pero no entiendo el sentir de los hombres... y de a veces me da miedo... (Bárbara no contesta.) Io quiero estar a tu lado... (Bárbara no responde; Botijo se le acerca. Se arrodilla junto a ella como un niño pequeño a los pies de su madre.) Io necesito de vos como si fueras una agüita el cielo que me ayudara a vivir... (Bárbara baja su mirada hacia él.) Io no tuve otra ternura que la tuya... (Bárbara, instintiva, le acaricia la cabeza.) Qué bien saben tus manos en mi cabeza... Qué bien sabe el estar ansí... como en tantas güeltas lo hemos hecho... Io no quisiera ser hombre grande pa que siempre me acariciara tu mano como a un cachorro... Si pudiera rodiar de silencio tuito el campo pa que vos seias feliz...

BARBARA. — (Levantándole la cabeza, emocionada.) ¡Qué corazón tan grande tenís, Botijo!... Si hubiera una gota e tu sangre en cada hombre al otro lao e la frontera seríamos tuitos güenos...

BOTIJO. — Io lucharé contra lo que seia pa defenderte...

BARBARA. — Tus palabras son como la sombra e un árbol cuando quemá el sol...

BOTIJO. — Vos me enseñaste tuito lo güeno que hay en mí... io lo riconozco... Si soy lo que soy... a vos te lo debo... vos juiste hilando mi razón y mi sentir... (La luz de la escena va declinando. Sólo se re-

me enseñaste
luchar
sus hijos

corta el perfil del rancho en un contraluz y un foco de luz azul que ilumina directamente a los dos intérpretes.) Vos no sos mala.

BARBARA. — (Tomándole la cabeza entre las manos y mirándolo a los ojos) Repetilo... Botijo... repetilo...

BOTIJO. — No lo sos... loj otros te quieren mala...

BARBARA. — (Como descubriéndose.) ¡No lo soy!

BOTIJO. — Te lastiman... te pegan... te acosan... vos te defendís...

BARBARA. — Con tuitas mis juerzas...

BOTIJO. — Lo sé... lo sé...

BARBARA. — A veces me siento como ahorcada... como si tuito alrededor mío si fuera aprietando más y más y me obligara a ser mala...

BOTIJO. — ¡Igual que la gata!

BARBARA. — (Lo mira sin comprender.) ¿Igual que la gata?...

BOTIJO. — Sí... la gata... esa que nos acompaña aquerenciada... hembra d'el gato negro que tiene un ojo amarillo y el otro como blanco...

BARBARA. — (Repite lejano, sin comprender.) ¡Como la gata!

BOTIJO. — (Disponiéndose al relato.) Sí... ¿te acordás?... al principio nomás, cuando el Jasnón se jué pa'l norte... y comenzamos a sentir la soledad y el silencio como si fuera parte e nuestro mismo cuerpo... cuando ia no nos podimos acercar ni a la posta, ni al fortín... porque éramos como malditos... cuando las pocas provisiones que nos dejaron se fueron acabando... y tuvimos que dir a buscar el alimento peliándose a las mismas bestias del desierto... apampados... hurgando entre los yuales y cardales pa dar con un nido e ñandú... ande pudiera haber güevos... Vos mesmita saltás a cazar lo primerito que se te presentaba... ¡hasta vizcachas en ocasión hubimo e comer!... El hambre nos aprietaba más y más como si fuera un lazo atao al cogote... ¿te acordás?... De a veces nos acostábamos antes qu'el sol cayera pa que dormidos no nos quemara el estómago... Ni yerba... ni migas e galleta teníamos pa engañar a las tripas... En una ocasión... pasaron más de tres días sin que nada pudieras cazar... las nidadas e ñandú parecieran como borradas e golpe... y hasta las vizcachas desaparecieron como por encantamiento... escondiéndose en vaya a sabir qué rincón e la tierra que no supimos encontrar... No había comida ni pa nojotros ni pa los animales... ellos también lo sentían... Los perros andaban como juídos... como no queriendo vernos la cara de hambre... El mismo gato negro se perdió haciendo, vaya a sabir qué alimento en la pampa... Sólo quedamos nojotros que ni mirarnos podíamos porque nos daba lástima... y también estaba la gata... la gata que tenía la panza hinchada por su macho... casi no podía ni moverse... era en esos días cuando el animal debía parir... y... io la vide... estaba echada... bajo el horno... entre el yuyo seco... como esperando el momento... Era una tarde e sol... en que tuito en el campo parece detenerse... como sin juerzas... y sin vida... Io estaba

allí sentao... como queriendo olvidarme de tuito... y de pronto vide a la gata ritorcerse... como si un mal espíritu le recorriera el cuerpo... vide cómo se abría más y más en forma imposible e crear... sin qu'ella gritara... ni se quejara... A después... como engüeltos en tela... como saquitos de aire, iban naciendo las crías... una, dos... tres, húmedas... manchadas e sangre y calientes entuavía e la panza e la madre. Era una cosa fiero e ver... ese animal sufría... y sufría en silencio... cayado... como aceptando esa imposición... que la misma vida le hacía... Sufría... y naides lo podía rimediar... El tercer hijito tardaba en nacer... y la gata se ritorcía más y más... ¡Pucha que me dio rabia el ser tan poca cosa como pa no poder rimediar el padecer d'un pobre animal!... ¡Ese dolor era lo natural!... Ta que tiene cosas raras la vida... Por fin la cría nació... y en seguida, como olvidada de tuito, la gata comenzó a lamerlos con su lengua... Poco a poco les jué sacando la tela... y limpiando la sangre... como queriendo calentarlos con su mesmito aliento, pero de pronto, como llevada por quién sabe qué juerzas... sin más... comenzó a comerse una cría... con desesperación... Naide la paraba... ni había nada que la detuviera... Traté de espantarla... pero ella se golvio contra mí... fiero... como dispuesta a tuito por defender su alimento... como temiendo que io se lo quitara... (Pausa.) A después de ponerme a raya... continuó... ¡El hambre la acosaba implacable... no podía más!... Olvidada de tuitos sus deberes, de sus crías... se comió uno y a después el otro... y el otro. Era como si tan sólo pudiera comer y masticar... como si el estómago fuera más grande que sus sentimientos... como si tuito en la vida se hubiera reducido a eso, a comer... a comer... lo que fuera... lo primero que se presentara... Era tuito tan desagradable... que me hacía ascos... quise dejar de mirar pero no pude... mis ojos se abrían más y más sin querer creer lo que veían... Finalmente... cuando el último de sus hijos desapareció en su boca... el animal, como satisfecho... como si tuito hubiera sido lo natural... se echó sobre el mismo pasto seco en que pariera... aura húmedo e sangre... y allí mesmito se quedó dormido... sin remordimientos... sin que su comida tremenda le distrozara el estómago... Io me quedé mirándola largo tiempo... No compriendía... A después... sin quererlo... empujado, vaya a sabir por qué juerza, eché a caminar... despacito... despacito... como si lo visto me atara allí con un tiento... y a después como castigao por lo mismo eché a correr... a correr como queriendo escapar d'eso que mis ojos habían visto... Corrí no sé cuánto... ni hasta dónde... hasta que caí rendido en mitá el campo... bajo el mismo sol que atardecía... Cuando alcé la mirada... vide a lo lejos, como perdido en la lejanía, el mangrullo d'el fortín que se ricortaba... como un dedo grande que señalaba el cielo... y más allá... legüita por medio, se adivinaba la chatura e la posta... apampada en

mitá el desierto... Un humito suave, de asado sin duda, se veía subir despacito al mismo cielo que señalaba el mangrullo... entonces golvi a ver a la gata comiendo sus crías... muerta de hambre... porque no hubo ni tan solo una rata que la saciara en el momento de parir... con su hambre e varios días mordéndole los güesos... porque en ese tiempo, ni los animales el campo, güenos ni malos, se dejaban alcanzar por tu flecha y tu jusil... porque los del fortín se encerraban tras su mangrullo como si fueran dioses... intocables... sin pensar en este rancho que arrastraba la desesperación de su panza vacía... Pensé en la posta... ¡tibia e juego en los fogones!... Con sus dos vacas lecheras... con su puñado de ovejas prontas al diente... con su asao cerca e las brasas haciendo chasquiar la grasa... Pensé en tuito eso... en esos hombres iguales a nojotros, que tuito nos negaban... pensé en la gata... y en su desesperación pa comer... Si hubiera habido un pedazo e carne vieja... o un jarro e leche, aunque fuera aguada... si tuitos los de allá no nos hubieran aislado... ella tendría su cría... sí, la tendría... porque io no puedo pensar ni creer que los seres con vida seían... tan... tan ansina como pa masticar su propia carne... ¡Hasta cuándo estaríamos ansina... acorralados... como empujados a la desesperación... hasta cuándo!... Esto mesmo io grité al aire pa que me rispondieran... ¡Hasta cuándo!... (Pausa.) Naide rispondió... sólo el silencio e la pampa... como si quisiera tapar mi voz... y mi hambre... y la tuya y la de los cachorros... ¡y la de la gata! (Transición.) Hundí mi cabeza en la tierra y... no me da vergüenza decirlo... lloré... lloré... amargo, más triste que la soledad... Lloré... lloré, por tuito lo que los hombres le hacen a los hombres... No podía hacer juicios a la gata... ¿quién entonces puede enjuiciarnos a nojotros? ¿A vos, que aprietada por tuitos te defendías?...

BARBARA. — (Lejana.) ¡La gata!

BOTIJO. — Como ella estás ahogada.

BARBARA. — (Igual.) Por la desesperación.

BOTIJO. — ¡Olvidate de tuito!... Tenemos que dirnos... ¡Poco tiempo hay pa eso!... ¡Tiene razón la vieja!... ¡Ya mesmito tenemos que levantar las cosas y largarnos!...

BARBARA. — (Pregunta indecisa.) ¿Vos también?

BOTIJO. — ¿Y de no?...

BARBARA. — Será fiero, muchas juerzas te reclaman.

BOTIJO. — Las desconozco.

BARBARA. — Ese hombre... tiene tuito en sus manos.

BOTIJO. — (Seguro.) Menos mi voluntá y mi sentir... y io siento que debo dirme con vos.

BARBARA. — (Tratando de no herirlo.) No basta tu voluntá... tal vez seía mejor que vaías con ellos... Dende allí... con tuitos sus derechos,

si no cambiás de rumbo a tu corazón... podís hacer mucho por nojotros los indios...

BOTIJO. — No me hago viviendo con esa gente.

BARBARA. — ¡Ya te acostumbrarás!

BOTIJO. — (Con desaliento.) ¡Me estás echando, Bárbara!

BARBARA. — ¡No!

BOTIJO. — Querís convencerme de lo que mi sentir no acepta.

BARBARA. — Si fueras m'hijo... te priendería con mis brazos y naide podría separarte de mí... sólo la muerte.

BOTIJO. — Io soy como tu hijo.

BARBARA. — También io lo creía... pero ¡ya ves que te reclaman!

BOTIJO. — No oigás a los demás... dejá hablar a tu corazón.

BARBARA. — Vos sabís que mucho te quiero... El que te lleven de mi lado... es otro dolor que me hacen... Quisiera en verdá tener tuito los derechos d'ese hombre que se dice tu padre.

BOTIJO. — (Pronto, cortando.) Io te los doy.

BARBARA. — No es posible... cada uno con lo suyo.

BOTIJO. — Me escuenderé en la pampa.

BARBARA. — Te buscarán ande seía.

BOTIJO. — Conozco mejor el desierto que mi mano.

BARBARA. — No le hace... ellos lo pueden tuito... y a después se ensañarán conmigo.

BOTIJO. — (Desconcertado.) ¡No comprendo... no comprendo... ¿No querís que vaya con vos?...

BARBARA. — Io no soy más que una pobre mujer... sin rancho... y sin hombre... que tendrá que mirar por sus críos guachos.

BOTIJO. — (Pronto.) Io seré tu apoyo.

BARBARA. — Caerán sobre mí, como perros hambrientos, pa dístrozarime... será como si io les hubiera robao algo muy suyo.

BOTIJO. — No me hablés así.

BARBARA. — Comprendeme.

BOTIJO. — (Insistiendo.) Llegaremos hasta el río... lo rimontaremos alto... bien alto, ande comienza a vivir mesmamente... y allí io... io mesmo... levantaré con mis manos un rancho nuevo.

BARBARA. — No, Botijo, no.

BOTIJO. — (Tratando de entusiasmarla.) Io cazaré... pa algo me enseñaste a usar el arco y la flecha.

BARBARA. — No, Botijo, no.

BOTIJO. — (Sin escucharla.) Y también ei de pescar... el agua ei río sabe traír mucha pesca a esas alturas.

BARBARA. — (Lastimosa.) No... no.

BOTIJO. — Verás que naides nos encontrará... porque estaremos tan lejos... que ni sus pensamientos nos han de alcanzar.

BARBARA. — No. Botijo, no.

BOTIJO. — (Luego de una transición, lastimoso.) No me dejís solo...

BARBARA. — Io siempre te recordaré... y vos también a mí... eso nos mantendrá cerca... He sido como tu madre... naide te podrá quitar ese ricuerdo... no permitás vos que los otros lo manchen... Puede que sólo ese pensamiento te cuide el corazón pa que no se te endurezca...

BOTIJO. — (Sublevado.) ¡Pero por qué tengo que dir contra mi voluntá y mi sentir!

BARBARA. — (Profética.) ¡Así están dispuestas las cosas!

BOTIJO. — (Rebelde.) Ta qu'es difícil vivir...

BARBARA. — Ia lo estás sabiendo... tu lugar dejó de ser a nuestro lado... aura está allá... pasando la frontera... en el fortín y más allá... (Botijo está como agotado; ha escuchado estas últimas palabras de Bárbara con la cabeza baja)

BARBARA. — (Insistiendo aún a pesar suyo.) No hay otro rimedio...

BOTIJO. — (Levantando la cabeza y tratando de encontrar la verdad de todo, dice con mucho dolor.) ¡Si supieras lo que andivino en tus palabras!... (Ella no contesta) Vos no pensás en los derechos d'ese hombre, que dice ser mi padre... ni en lo que io pueda hacer dende allá por los indios... no... ¡vos sólo pensás en el peligro que pa vos significa el que io me juea con ustedes!

BARBARA. — (Angustada.) ¡Ricordá a la gata!

BOTIJO. — (Lejano) La gata... (Pausa, luego dice para sí) Sacrificó a sus cachorros... (Transición.) Y vos me sacrificás a mí...

BARBARA. — (Agotada de dolor) Sí... sí... sí... soy egoísta... lo sé... pero tengo mucho miedo... no por mí... no... que soy carne e carancho... tengo miedo por mis hijos... por ellos, sólo por ellos... ia que son lo único que me queda...

BOTIJO. — (Con mucho dolor) Creía que también quedaba io pa vos...

BARBARA. — (Desesperada) ¡No me torturés más!... Son muchas las cosas que debo dejar... no me hagás pensar en ellas porque no podría aguantar... Comprendí que tengo que ser egoísta pa no perder esa última cosa de mi pertenencia... Que pa que no los dañen a ellos debo masticar anargo... que no podría perderlos... porque no sé qué haría entonces...

BOTIJO. — (Ocultando su cara bañada por el llanto en el regazo de Bárbara.) Perdoname... perdoname... io no quiero dañarte... si es por tu bien... dejame... dejame nomás... Io cerraré lojijos... y los oídos pa no sufrir... Perdoname... perdoname... pero comprendeme... vos sí... vos sí sos lo único pa mí... (El llanto lo envuelve. Bárbara está como desconcertada, no sabe qué hacer, sufre de verdad. Esta situación la pone ante la nueva, tremenda alternativa. Luego de una pausa, toma la cabeza de Botijo entre sus manos)

BARBARA. — Mirame bien... bien a los ojos... pa que mi cara se quede como pegada a los tuyos... (Pausa, se miran) Ricordá que cuando te nacieron, la mesma tierra e una toldería se te pegó en el cuerpo... y que una india madura te dio su leche... ¡estás como marcaol!... Ande vayás... ande estés... sentirás la juerza e tuito lo que te vio nacer y te alimentó.

BOTIJO. — (Balbuca) ¡Bárbaral!

BARBARA. — No me digás más... qu'el miedo se me adentra a agrandar más y más... y ia no lo puedo contener... (Botijo hace ademán de hablar y ella se lo impide con otro.) Tentis que dirte... si es verdá tuito lo que sentís por esta pobre india... y por sus hijos... no me obligués a ser más dura... Io debo partir sola... así lo quieren ellos...

BOTIJO. — (Tragándose su dolor.) ¡Ta güeno!... ¡Igual que la gata!

BARBARA. — Cuando amanezca estaremos lejos...

BOTIJO. — Lejos... (Transición. Pregunta con ansiedad.) ¿Ia debo dirme?

BARBARA. — (Con dolor) No me lo preguntís

BOTIJO. — Ta güeno... (Pausa. Transición.) ¿Me dejás al menos ver a los cachorros?...

BARBARA. — (Lo mira; dibuja una triste sonrisa) Juntos entremos a verlos... duermen...

BOTIJO. — ¡Sin saber nada de nadal... (Con más dolor.) ¡Quién me diera otra vez ser un cachorro pa estar lejos de tuito!... (Bárbara le pasa el brazo y juntos entran al rancho. La luz va tomando la misma intensidad que tenía antes de comenzar esta escena. La escena queda sola por unos segundos. Todo vuelve a quedar en silencio luego de una pausa. Por la izquierda del espectador aparecen dos figuras. En la semipenumbra se los adivina como muy jóvenes. Uno más que el otro. El mayor tendrá 25 o 27 años, su modo de hablar indicará, si es posible, su procedencia española. El otro, el más joven, es apenas un adolescente. Al llegar, ambos se detienen y lo miran todo como para cerciorarse del lugar en que están.)

FRAY JAVIER. — (Que es el más joven.) Este es el lugar.

FRAY GAUDENCIO. — Sin duda alguna... difícil sería encontrar otra vivienda por estos lados... es lo más avanzado hacia el sur...

FRAY JAVIER. — ¿Llamo?...

FRAY GAUDENCIO. — (Reteniéndolo) No, aguarde... déjeme sentir este silencio y esta soledad... que me vayan cercando el corazón para que luego todo no sea tan difícil...

FRAY JAVIER. — (Mirando a su alrededor.) Parece no haber nadie... ¿Habrán partido ya?...

FRAY GAUDENCIO. — No lo creo...

FRAY JAVIER. — La noche, sin embargo, es propicia para marchar... ¡hay luna!

FRAY GAUDENCIO. — Sin duda... pero pienso que hasta último momento esta mujer querrá defender sus posiciones...

FRAY JAVIER. — Debimos haber venido antes...

FRAY GAUDENCIO. — Era mejor esperar a que fuera noche cerrada... Durante el día... el sol quema demasiado... y el calor impide hablar con serenidad... Y como usted lo dijo, Fray Javier... ésta es una noche de luna... propicia para caminar...

FRAY JAVIER. — Pero venir desde el fortín... hasta aquí, sin una guardia, es temerario.

FRAY GAUDENCIO. — El peligro no está en la soledad... está en las gentes...

FRAY JAVIER. — Pero la noche en el campo tiene muchas cosas raras... ese grito lejano que oímos al partir...

FRAY GAUDENCIO. — Alguna bestia herida que se quejaba...

FRAY JAVIER. — (Sobrecogido.) Era como si le quitaran a alguien el corazón... un grito prolongado, afilado como la punta de un puñal... se me heló la respiración al oírlo...

FRAY GAUDENCIO. — Debe acostumbrarse, hermano, a las quejas de la noche y de la pampa...

FRAY JAVIER. — ¿Y esa sombra que nos cruzó en mitad del camino, como escapando?...

FRAY GAUDENCIO. — Era un animal... un ñandú posiblemente...

FRAY JAVIER. — Parecía un hombre... (Olvidándose de todo y algo impaciente) Pero no sale nadie... ¿Por qué no llamamos, Fray Gaudencio?...

FRAY GAUDENCIO. — (Sencillamente.) Porque tengo miedo...

FRAY JAVIER. — (Lo mira sin comprender.) ¿Miedo?...

FRAY GAUDENCIO. — Es usted muy joven, amigo mío, como para comprender...

FRAY JAVIER. — También usted lo es... y lo que a usted puede causarle temor, también a mí me lo puede...

FRAY GAUDENCIO. — (Con una sonrisa.) Su vida fue fácil... yo vengo de un lejano país... viejo en años y desgracias... ¡la tierra madre de esta tierra!... He pasado muchas privaciones y sé lo que es el sufrir de la gente... no por heridas en el cuerpo, que ésas son fáciles de curar... sino por heridas del alma, que a veces nunca cicatrizan... y tengo miedo sí... de ver la cara de esa mujer con todo su sufrimiento... ¡Traemos una delicada y amarga misión!... Una misión que no sé hasta qué punto será una sana misión... pero que estamos obligados a cumplir... porque la obediencia es uno de nuestros votos...

FRAY JAVIER. — (Extrañadísimo.) ¿Pero se debe obedecer aun en lo malo?...

FRAY GAUDENCIO. — ¿Y quién puede decir qué es lo bueno y qué es lo malo para el ser humano?...

FRAY JAVIER. — Tenemos diez mandamientos...

FRAY GAUDENCIO. — Esa es la base... los hombres luego hacen sus leyes... disfrazándolas se engañan a sí mismos.

FRAY JAVIER. — (Desconcertado) ¿Por qué estamos aquí, entonces?... Ellos pueden estar equivocados... son hombres y nosotros...

FRAY GAUDENCIO. — Tranquilícese, fray Javier... también nosotros somos hombres...

FRAY JAVIER. — (Con fervor.) Somos instrumentos del Señor...

FRAY GAUDENCIO. — A veces pienso que Dios exige demasiado de sus hijos... de nosotros que a El nos dedicamos... No le basta con la entrega total de nuestras vidas, pide más y más y así como estamos en el mundo para ayudar... y comprender... nos hace ser testigos, sin piedad, de los dolores más crueles... y a veces sin quererlo, sin desearlo... nosotros mismos los causamos... Es entonces frente al dolor de los otros no frente al mío, que llego a titubear y preguntarme... ¿Por qué? Es en ese preciso momento cuando exijo la presencia de Dios... Es ante el dolor de la humanidad que llego a dudar... de... de todo... Pero es también en ese mismo dolor... en esa misma capacidad del ser humano para sacrificar... para sacrificarse... para sufrir y rehacerse... donde veo la mano divina... la que castiga y acaricia...

FRAY JAVIER. — (Impresionado.) Me sobrecoge, hermano, con sus palabras...

FRAY GAUDENCIO. — No se turbe usted, fray Javier... no se turbe... por todas estas preguntas que hace mi corazón...

FRAY JAVIER. — Yo quisiera llegar a comprender a todos... que en todos estuviera ese amor divino a Dios que llena mi alma... y que lo afiebra a usted... de un modo que envidio...

FRAY GAUDENCIO. — (En un suspiro.) ¡Ya es hora de proceder!... Llamé usted para que esta gente salga... y que Dios nuestro Señor nos ilumine...

FRAY JAVIER. — (Haciéndose la señal de la cruz) ¡Que así sea!... (Golpea luego las manos.) ¡Eh... los de la casa!

(En ese momento la vieja aparece por atrás del rancho, por el centro. Viene despreocupada, sin esperar encontrarse con esa presencia. Al verlos, retrocede evidentemente asustada, como ante una visión más que celestial, infernal.)

VIEJA. — (Retrocediendo.) Juera... juera...

FRAY GAUDENCIO. — (Dulce.) No temas, buena mujer...

VIEJA. — (Igual.) Juera... juera...

FRAY JAVIER. — Es como si hubiera visto un resucitado.
FRAY GAUDENCIO. — Quién sabe qué recuerdos le trae nuestra presencia.
VIEJA — (Alto, aterrada) ¡Juera juera! (Barbara sale pronta del rancho, seguida de Botijo.)
BARBARA. — ¿A qué esos gritos? (Se detiene al ver a los franciscanos) Ta güeno...
BOTIJO — Son los frailecitos que vide llegar en la diligencia.
VIEJA — (A Bárbara) Echalos, india echalos train mala suerte.
FRAY JAVIER. — Esta buena mujer nos teme...
BARBARA — Tendrá sus porqué... (Pausa) Puede que io también les tenga miedo...
FRAY GAUDENCIO — (No descansando, o no atreviéndose, a ir directamente a su misión.) ¿Cómo te llamas?
BARBARA. — (Siempre recelosa) Bárbara, me dicen... así me pusieron hace mucho otros frailes en la tribu...
FRAY GAUDENCIO — (Mirándola) Yo te hubiera llamado María... como la madre del Señor...
BARBARA — (Siempre a la defensiva.) ¿Y de ahí?...
FRAY GAUDENCIO. — Estás hecha al dolor... como ella al sacrificio...
BARBARA — No haga comparación...
FRAY GAUDENCIO. — (Continuando) Y eres madre como ella...
BARBARA. — Eso es común en la mujer... (Transición.) Tengo dos hijos...
FRAY GAUDENCIO — Lo sé... (Hay una pausa.) Sé también que en un puñado de horas se te ha exigido demasiado...
BARBARA. — Mucho...
FRAY GAUDENCIO — Es un mal común de los hombres...
BARBARA. — Es un egoísmo...
FRAY GAUDENCIO. — Si el hombre no lo tuviera, dejaría de ser hombre...
BARBARA — (Luego de una pausa, mirándolo sin comprender pero con temor) ¿A qué ha venido?...
FRAY GAUDENCIO. — ¡Soy hombre también yo... y... he venido a causarte un nuevo dolor!...
BARBARA — (Casi sin comprender, siempre a la expectativa.) ¡Ia no tengo lugar en mi cuerpo sin herida!...
FRAY GAUDENCIO. — (Tomando fuerzas.) Quisiera traerte palabras que fueran un bálsamo para ti... pero debo cumplir mi deber... y en este momento, como en tantos de mi vida, mi deber es doloroso y amargo... y el hacerte sufrir... me hace sufrir... Te pido me creas...
BARBARA. — Desde hace unas horas se me dio güelta la cosa...

FRAY GAUDENCIO. — ¡Quiero consolartel...
BARBARA — Antes de golpiar...
FRAY GAUDENCIO. — Debemos conformarnos con el dolor, él nos acerca a Dios
FRAY JAVIER. — (Como en una letanía) Bienaventurados los que sufren...
BARBARA — (Amarga) Nunca comprendo esas palabras en viniendo de ustedes...
FRAY GAUDENCIO — No seas amarga, hija mía...
FRAY JAVIER. — Debes tener fe... cuando la fe nos acompaña, todo se hace más llevadero...
BARBARA. — Io sólo tengo fe en mis fuerzas...
FRAY GAUDENCIO. — Es necesario... creer... creer desesperadamente... En esto está nuestra única posibilidad de salvación.
VIEJA — (En una exclamación, sin poderse contener) ¡Qué de güeltas se train los bichos!...
BARBARA. — La única verdá... la llevo io mesma en lo más hondo el ser... así, pues, qu'está enterao... nada e su palabrerío se me arrima al corazón
FRAY GAUDENCIO — (La mira midiendo exactamente el dolor de Bárbara) ¡Cuán grande es tu sufrimiento, hija mía!
BARBARA. — (Defensiva) ¡No me lo ricuerdel...
FRAY GAUDENCIO. — Quiero que comprendas...
BARBARA. — (Rebelándose) ¡Nada comprendol
FRAY GAUDENCIO. — (Afiibrado) Sin embargo, es preciso... sólo así dejarás de sufrir... ¡El dolor nos purifica el alma! Es necesario que aprendas a ofrecerlo... a quien más lo valoriza... Si midieras mis palabras... hallarías la felicidad...
BARBARA. — (Rebelde) La ei conocido alguna güelta...
FRAY GAUDENCIO. — (Amargo, dolorido) Sí, hija mía... lo sé... tú has sufrido... has sufrido mucho... y aún te aguarda más por sufrir... Si creyeras... si tuvieras fe... tu dolor sería menor... ¡Infinitamente menor!...
BARBARA. — (Rebelde, atónita, con todo el miedo del mundo) ¿Qué quiere decirme?...
FRAY GAUDENCIO. — Yo soy el portador de tu nuevo martirio... (Fúelue los ojos hacia el cielo como en una oración) ¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Por qué me haces testigo del dolor ajeno?... Acumula sobre mí toda amargura... (Fray Gaudencio hace una pausa como para tomar fuerzas ante lo que va a decir. Fray Javier se le acerca presuroso.)
FRAY JAVIER. — (Acercándose.) Fray Gaudencio...
FRAY GAUDENCIO. — (En un suspiro.) Sí, hermano, yo también sufro... (A Bárbara.) Cuántas cosas se acumulan sobre tu corazón...

lolo
purificac

BARBARA. — (Con los ojos fijos en el vacío, tensa, con todo su cuerpo expectante.) Lo escucho, no se ande con güeltas...

FRAY GAUDENCIO. — Yo te pido perdón por este nuevo dolor...

BARBARA. — (En un susurro.) Lo escucho... diga...

FRAY GAUDENCIO. — Te pido perdón por todos los que te dañan...

BARBARA. — (Más alto, padeciendo angustiada en la expectativa.) Lo escucho... (Se hace un silencio, es como si la misma noche se hubiera detenido)

FRAY GAUDENCIO. — (Trabajosamente) El capitán Jasón Ahumada... el que te diera dos hijos... reclama por mi intermedio... sus derechos sobre ellos...

BARBARA. — (Siempre con la mirada perdida, sin comprender.) Ante mí hablé de sus derechos... y los negué...

FRAY GAUDENCIO. — No comprendes... el capitán Ahumada... exige... la entrega de sus dos hijos...

(Bárbara no contesta. Luego de una pausa, fray Gaudencio continúa.) Hace valer sus derechos de padre cristiano para educarlos cristianamente... a su lado... (Bárbara, aún más, no contesta. Fray Gaudencio continúa luego de otra pausa.) Quiere velar... debe velar por ellos... haciéndolos hombres de bien... (Bárbara no contesta. Pausa. Fray Gaudencio continúa.) A su lado crecerán sanos de cuerpo y alma... se educarán como hombres que serán beneficiosos a la sociedad... (Bárbara no contesta. Lo sigue mirando.) Es ley que el padre cuide de sus hijos... deben crecer en un ambiente propicio... donde pueda cultivarse sus almas... Recibirán una instrucción cristiana...

BARBARA. — (Balbuceante.) No... comprendo

FRAY GAUDENCIO. — Quisiera hallar las palabras para tu mejor entendimiento... pero soy pobre, miserablemente pobre...

BARBARA. — (Igual.) Quiere decir... qu'el... Jasón... quiere... quiere llevarse a mis hijos...

FRAY GAUDENCIO. — Me ha encomendado que eso te dijera...

BARBARA. — (En un grito.) ¡Nooooo!... (Una pausa. Todo parece venirse abajo. Luego reacciona, áspera, desbordante) ¡Mis hijos!... ¿Pero sabe usted que son mis hijos?... Míos...

FRAY GAUDENCIO. — También a María le reclamaron el suyo... era el único... y lo llevaron al sacrificio...

BARBARA. — Los demás saben sus juerzas pa resistir... lo sé... las mías... y llega un momento en que no se puede más...

FRAY GAUDENCIO. — Si los amas... y no dudo que los ames... debes procurarte ese nuevo sacrificio...

BARBARA. — ¿Amarlos?... lo les di la vida sin importarme el dolor...

FRAY GAUDENCIO. — A tu lado se perderían en la pampa...

BARBARA. — Con mi cariño... nunca estarían perdidos...

FRAY GAUDENCIO. — Perderían su alma en la ignorancia...

BARBARA. — Sabrán ser machos...

FRAY GAUDENCIO. — Sus corazones se abandonarán al mal y al rencor...

BARBARA. — Yo los llenaría e verdá...

FRAY GAUDENCIO. — ¡Con la verdad que tu rencor alimentará!

BARBARA. — Con la verdá que tuitos ustedes me dieron...

FRAY GAUDENCIO. — El es su padre... los reclama...

BARBARA. — (Fuerte.) ¡Es que nada puedo io que soy su madre!

FRAY GAUDENCIO. — El tiene la fuerza de su lado...

BARBARA. — Siempre la juerza...

FRAY GAUDENCIO. — Es la ley de los hombres...

BARBARA. — (Brava.) Io no conozco leyes... io no conozco derechos...

FRAY GAUDENCIO. — Ellos tienen los suyos...

BARBARA. — (Rotunda.) Y io los míos...

FRAY GAUDENCIO. — (Agotado.) Hija mía... te levantas ante una muralla inexpugnable... y contra ella te golpeas... despiadadamente... Atiende a la razón...

BARBARA. — (En una queja.) Sus razones...

FRAY GAUDENCIO. — Si... yo pudiera beber por ti tanto dolor... apuraría la copa hasta el final...

BARBARA. — (En un quejido.) ¡Ay, qué de cosas hablan ustedes!

FRAY GAUDENCIO. — Soy cruel... y sé que soy cruel, sin embargo nada puedo hacer...

BARBARA. — Pero no compriende que ia no... no puedo más...

FRAY GAUDENCIO. — Tus hijos volverán con su padre... deberé llevarlos yo mismo hasta donde él los aguarda...

BARBARA. — (Rotunda.) ¡No!

FRAY GAUDENCIO. — De lo contrario el capitán Ahumada enviará por ellos y por la fuerza te los arrancará...

BARBARA. — (Agotada.) Ia no hay nada que no me haiga pasao... (Pausa. Bárbara se pasea de un lado hacia el otro como una fiera enjaulada sin saber qué hacer. Todos la siguen en su pasco sin atreverse a intervenir en su dolor. De pronto ella se detiene y dice pausadamente, amargamente, como si su razón se hubiera iluminado de súbito y le hubiera dado una solución.) Ta güeno... ta güeno... que su voluntad se cumpla...

BOTIJO. — (Sin comprender.) ¡Bárbaral...

VIEJA. — (Igual.) India...

FRAY JAVIER. — ¡Alabado sea Dios!

FRAY GAUDENCIO. — ¡Hija mía... tu inmenso sacrificio te acercará más al Señor!

BARBARA. — (Siempre lenta, pesando sus palabras.) Hay algo entua-

vía que decir... (Todos hacen una pausa en sus propios pensamientos.) Quiero... pido... exijo... qu'el mismito capitán Jasón Ahumada los venga a buscar...

FRAY GAUDENCIO. — Pero...

BARBARA. — (Cortando, segura) Sólo en sus manos pondré a mis hijos...

FRAY JAVIER. — (Interrumpiendo) El capitán Ahumada no desea volver a acercarse a este rancho...

FRAY GAUDENCIO. — (La contempla lejanamente) El quería evitar un nuevo encuentro... contigo...

BARBARA. — (Rotunda) Esa es mi condición... de no, ¡sólo con sangre me los quitarán!

FRAY GAUDENCIO. — Ese encuentro te provocaría un nuevo e inútil sufrimiento...

BARBARA. — No tema... qu'él tampoco tema...

FRAY JAVIER. — Deberás aceptar su negativa de verte...

BARBARA. — ¿A qué le tiene miedo?...

FRAY GAUDENCIO. — (Desorientado) A nada... tal vez a todo... a él... y a ti misma...

BARBARA. — ¡Io... io nada puedo hacer!

FRAY JAVIER. — Tienes larga fama de hechicera...

BARBARA. — (Lo mira con una sonrisa escéptica) ¿Usted también cree en eso?...

FRAY JAVIER. — Dios se apiade de mí... si tuviera tal creencia...

FRAY GAUDENCIO. — (Interrumpiendo) Tu mal no es ése... tu mal es tu temperamento... impetuoso, apasionado... Tu mal es tu rencor... tu mal es tu dolor... tu mal eres tú misma...

BARBARA. — Qu'él no le tenga miedo a nada d'eso...

FRAY GAUDENCIO. — ¿Prometes ser sensata... no abandonarte a tu temperamento... a tus reacciones... a tus sentidos?...

BARBARA. — (Bajo) Lo prometo... sólo quiero verlo por una última vez...

FRAY JAVIER. — (A Fray Gaudencio) ¿Será conveniente llevar este mensaje?...

FRAY GAUDENCIO. — ¿Cree usted, hermano, conveniente haber traído éste?...

FRAY JAVIER. — Verdaderamente... cuánto ha sufrido esta mujer...

FRAY GAUDENCIO. — (A Bárbara) Regresaremos al fortín... tu corazón parece haber razonado...

BARBARA. — (Tétrica) Mi corazón acaba de morir...

FRAY GAUDENCIO. — Tal vez acaba de nacer... (Pausa. Transición.) Tengo tu promesa...

BARBARA. — (Lejana al mismo tiempo que patética y como diciendo)

una profecía.) Qu'él venga tranquilo... si su conciencia se lo permite... no encontrará en mí ni una lágrima... ni una palabra... ni un grito... que lo avergüence... no le golferé a mostrar mi desesperación... sólo... le diré... Capitán Jasón Ahumada... ahí están tus hijos... El los tomará y io pariré... me tragará el desierto... (Fray Gaudencio hace ademán de hablar. Bárbara lo detiene con un gesto.) No... basta e palabras... estoy cansada... tan cansada como la tierra... Quisiera poder tirarme y dormir... dormir pa siempre...

FRAY GAUDENCIO. — (Luego de una pausa.) Está bien... hágase tu voluntad... llevaré tu pedido e intercederé por ti...

BARBARA. — La noche es de luna... en un tiro llegan al Fortín... Botijo... los hai de acompañar...

BOTIJO. — (En un toque de atención) India...

BARBARA. — (Tratando de no oírlo.) El conoce bien el camino... no han de perderse...

FRAY JAVIER. — Sólo llegamos hasta aquí...

BARBARA. — (Eludiendo la mirada de Botijo.) El rigresará con usted... aquél es su lugar...

BOTIJO. — (Acercándosele.) Bárbara... ¡cómo querís que te deje sola!... cómo querís que ahora rigrese allá... io no puedo...

BARBARA. — (Cortando firme.) Podrás... como io he podido tanto hasta aquí...

BOTIJO. — Bárbara... io...

BARBARA. — (Sin mirarlo) Quiero estar sola, Botijo... no comprendís... sola con el desierto y mi dolor... (Hay una pausa.)

FRAY GAUDENCIO. — (Rompiendo el silencio.) El capitán Ahumada nos espera cerca de aquí... Nos cree portadores de sus hijos... hablaré con él... espero que comprenda... si acepta tu pedido... en unos minutos estará aquí... prepárate, mujer, de lo contrario...

BARBARA. — (Segura, cortando rápido y rotunda.) A él se los entregaré...

(Hay una pausa, Fray Gaudencio hace una seña a Fray Javier, para emprender la marcha. Los dos sacerdotes inician el mutis dando la espalda a Bárbara. Botijo, con los ojos clavados en ella, va retrocediendo entre los franciscanos, hasta hacer mutis. Quedan solas Bárbara y la vieja... la primera estática, los ojos abiertos desmesuradamente fijos en un punto, como obsesionada por una idea fija. La vieja, una vez salidos los sacerdotes y el Botijo, la mira y luego comienza un paseo nervioso, sin dejar de mirar a Bárbara... como temiendo a sus pensamientos. Luego se arriesga.)

VIEJA. — India... me das miedo...

BARBARA. — (Luego de una pausa, siempre en su actitud.) Los llevarán lejos... lejos ande mi cara se les borre por completo... ande con

el tiempo io no exista... ni en sus pensamientos, ni en sus corazones... crecerán... lejos d'esto... pampa y cielo... crecerán en su Dios... y en sus mentiras... se harán de piedra por dentro... egoistas... traicioneros... sabrán mentir y engañar y entuavía se alzarán bravos... y malvados, contra tuitos los nuestros... contra su propia sangre les enseñarán rezos pa engañarse... y con ellos traicionarán y matarán... y se olvidarán de mí... hablarán un idioma lleno e palabras nuevas y vestirán sus cuerpos a lo cristiano... y se olvidarán de mí... se acostarán con hembras blancas... y tendrán hijos cristianos... ¡y se olvidarán de mí... serán soldados... pa distrozár lo nuestro... hasta agotar la sangre... sin asco... y sin miedo... y se olvidarán de mí... se olvidarán de mí... ¡Nooo...! *(Esas palabras fueron in crescendo hasta el no final... grande, inmenso, que conmueve la tierra. Luego se hace una pausa... un silencio... tan siniestro como ese grito... Luego, tomando fuerzas trabajosamente, con una fatiga de siglos en la voz, pero segura, convencida de lo que dice, Bárbara continúa:)* Vieja... en el fondo el saco e cuero e cabra... qu'está en el rancho... están entuavía... las hierbas el sueño... Las ricogimos vos y io... cuando mediaba la luna... en una noche de invierno... hace mucho... mucho tiempo...

VIEJA. — *(Atónita)* India...

BARBARA. — *(Continúa sin oírla)* Sólo unas hojitas...

VIEJA. — No, India... no...

BARBARA. — I después el sueño... ¡el sueño pa siempre!... el sueño dulce... quieto... sano, ¡pa nunca más rígresar...!

VIEJA. — India... te conozco... no quiero... no quiero pensar en lo que vos pensás... India... nunca...

BARBARA. — Las junté pa mí... si el caso llegara

VIEJA. — *(Llorosa)* India, me das miedo...

BARBARA. — Y la ocasión llegó...

VIEJA. — No... India... no...

BARBARA. — Pero no pa mí... io debo vivir... hasta el fin de mis días... pa odiar... pa hacer que tuitos los males del mundo caigan sobre los que me distrozaron... io debo sufrir... sufrir...

VIEJA. — India... me das miedo... no... India, no lo harás...

BARBARA. — Ese será el castigo... pa él... pa mí...

VIEJA. — Estás enloquecida... como si un espíritu malo se te hubiera adentrao en la carne...

BARBARA. — Si... un espíritu fuerte... que puede más que io...

VIEJA. — No podrás... no podrás...

BARBARA. — Ia estoy sorda y ciega...

VIEJA. — Ellos te sentirán llegar con la muerte...

BARBARA: Nada han de notar...

VIEJA. — No han hecho mal alguno... son inocentes de ruido...

BARBARA. — Todos lo éramos... los míos... mi pueblo... todos...

VIEJA. — Pero son tus hijos, India... tus hijos...

BARBARA. — ¡Lo seguirán siendo lejos de aquí?...

VIEJA. — Naide podrá negarlo... naide...

BARBARA. — *(Dirigiéndose hacia el rancho.)* Vamos... vieja... vamos... llegó el momento...

VIEJA. — *(Interponiéndose)* No, no golpiame la cara... rompeme el corazón con tus manos... pero no hagas eso... no hagas eso... vos vas a sufrir como naides...

BARBARA. — *(Como sonámbula)* Sólo unas hojitas... los cachorros tomarán su jugo... y quedarán dormidos... dormidos para siempre... ¡Eso es su salvación!... *(Entra al rancho, la vieja queda en mitad de la escena... apoyada en el bastón sin saber qué hacer. Luego levanta la cabeza y le habla a la luna que súbitamente descubre en el cielo)*

VIEJA. — *(Como poseída.)* Luna... luna... que te vas cayendo... pa que güelva el sol... apiádate de nojotras... luna, luna güena... luna mala... hacé que tuito el mundo se rompa... se queme... pa que tuito termine de una vez pa... pa siempre... *(En el rancho se va oyendo a Bárbara entonar una canción de cuna india a boca cerrada.)* No hay nada que ia pueda acontecer... si un dolor más existiera, hasta aquí ai de llegar... luna... luna, hacé que tuito termine... *(Se acerca súbita a la puerta del rancho y habla desde afuera, sin entrar. Durante todo este tiempo se sigue oyendo la canción de Bárbara.)* India... India... pensá en tu dolor de después... Quién te lo va a sujetar... te dolerá la carne... la osamenta... y hasta el ánima... India... no lo hagás... no lo hagás... *(Ya retrocediendo con la mirada fija en la puerta del rancho, en la que aparece Bárbara... está blanca... camina y actúa como una automática... La vieja retrocede sin saber qué decir, sólo repitiendo en forma apretada y balbuceante:)* India... India... India...

BARBARA. — *(Tremendamente agolada.)* Ia está... tomaron hasta la última gota... sonrieron... me besaron... y golvieron a dormirse... ¡dormirse pa siempre!... Ia naides los arrancará del sueño... *(Tristemente.)* Irán caminando por un campo distinto... ande no llegarán los jombres con sus mentiras... y sus traiciones... ¡ay qué dolor!

VIEJA. — India...

BARBARA. — Se me rompe el corazón...

VIEJA. — India...

BARBARA. — *(Con la voz velada.)* Cuando quiera aprietar los brazos... me cansaré por no tenir nada que abrazar...

VIEJA. — India...

BARBARA. — Cuando quiera besar sus frentes... se me helará la boca porque no tendré frente... ni labio... ni cara pa besar... ¡solal... ¡solal... *(Súbita como encontrando el paralelo:)* ¡Como la ga-

Suavocac

tal... ¡como la gata!... (En ese momento, por el lateral izquierdo aparece el Capitán Ahumada... Bárbara lo mira sin verlo... la vieja se retira hacia el fondo, centro, siguiendo desde allí la escena).

CAP. AHUMADA. — (Luego de una pausa) Y bien, aquí estoy otra vez... Fray Gaudencio me dijo de tu desco... y también de tu promesa de ser sensata... (Bárbara lo mira lejana)... comprenderás hasta qué punto es beneficioso todo esto... tu razón... y tu amor por ellos... te harán ver que lo dispuesto es lo mejor... (Hay un silencio, él espera algo, ella no contesta, lo sigue mirando lejana...) Y bien...

BARBARA — (Perdida con la mirada vaga dice... trabajosamente:) Capitán Jason... Ahumada... ahí están... tus hijos... (Hay una pausa... El la mira, los tres personajes parecen estáticos, el hábito de la tragedia pasa por ellos... Luego, el capitán Ahumada comienza a caminar hacia el rancho, llega a la puerta y se detiene a mirar a Bárbara... La vieja se acerca súbita a ella)

VIEJA. — (Angustiada.) India... ¿y ahora?...

BARBARA. — (Como una autómatas) ¡Como la gata!... ¡como la gata!...

VIEJA. — Escapemos India... juyamos... juyamos... (Bárbara no contesta) ¿Ande iremos?...

BARBARA. — (Igual) Al desierto...

VIEJA. — (Atónita.) Al desierto...

BARBARA. — Más allá de tuitas las fronteras...

VIEJA. — ¡o con vos...

BARBARA. — Sola... ¡al desierto! sola... (Comienza a caminar automática, como sonámbula.) Sola... sola... sola... (Su voz se va perdiendo en el mutis, la vieja queda sola en el escenario. El capitán Ahumada entra en ese momento al rancho... la vieja pesadamente va a sentarse al extremo derecho del escenario, repitiendo en voz baja como un rezo o una letanía...)

VIEJA. — Sola... sola... sola... (Se sienta pesadamente, en ese momento dentro del rancho se oye la voz del capitán Ahumada como en un rugido:)

JASON. — ¡¡¡Indiaaaa...!!!

VIEJA. — (Como ausente, levanta la cabeza y dice tétrica:) Los caranchos... los caranchos... (En un contraluz del día que amanece se recorta la casa mientras cae el telón sobre las dramáticas y repetidas palabras de la vieja) Los caranchos... los caranchos... los caranchos...

TELON FINAL

COLECCION
ARGENTINOS
Ultimos titulos

54. — Gerardo Ribas: "El gran catalán"

55. — Luis Pañuel: "Aprobado en castidad"

56. — Roberto A. Talice y Eliseo Montaner: "La llama eterna"

57. — Abel Santa Cruz: "La cama del presidente"

58. — Gerardo Ribas: "El ángel de barro"

59. — Juan Pérez Carmona: "Ningún tren llega a las trece"

60. — Raúl Dohlas y Mario Bellini: "La rebelión de los fenómenos"

61. — José León Pagano: "Lassalle"

62. — Pedro E. Pico: "La novia de los forasteros"

63. — Alfonso Ferrari Amores: "La forca de la bohardilla"

64. — Camilo Darthes y Carlos S. Damel: "Escalera a dos puntas"

65. — David Curtes: "La frontera"

66. — José León Benqoa: "La sandería de la madera"